Luis Chiarelli

LUIS CHIARELLI

# La máscara y el rostro

FARSA GROTESCA EN TRES ACTOS
VERSIÓN CASTELLANA DE

ANTONIO F. LEPINA Y ENRIQUE TEDESCHI

Representada en la República Argentina por la compañía Rivera-De Rosas que la estrenó en el Teatro del Centro, de Madrid, el 9 de abril de 1926.

## REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| SARA | Matilde Rivera. |
| MARTA | Rossi. |
| EVA | Lerena. |
| VALENTINA | Martínez. |
| TERESA | Martínez (H.) |
| PABLO | Enrique de Rosas. |
| LUCIANO | Jiménez. |
| LUIS | Martínez. |
| MARCOS | R. de Rosas. |
| JORGE | Gómez. |
| PEDRO | Ruiz. |
| ANDRÉS | Dueñas. |
| JACOBO | Gómez. |

Epoca actual. La acción en una quinta, a orillas del lago de Como.

NOTAS.—El autor y traductores no autorizan ni un sólo corte, alteración ni supresión en el diálogo de esta obra.

—Las compañías que estrenen esta obra deben hacer previamente una preparación en la Prensa, por medio de sueltos, repetidos varias veces, en los que se advierta especialmente que se trata de una obra de gallardías y atrevimientos contra prejuicios sociales y falsos conceptos del honor.

—Será también muy conveniente la publicación del prólogo.

EL AC. (*A telón corrido.*) Señoras, señores: El autor de esta farsa, que aun es mozo, con la osadía que le dan los pocos años y con la audacia que aun no se han llevado los muchos egoísmos, quiso hacer una dura sátira contra el honor, y mofarse de los que, viviendo sin honor, viven tranquilos, porque piensan que nada de su deshonor se sabe. Llevada su pluma por tan blando surco, apartóse un tanto de éste su primer propósito, y como si a los puntos de su pluma hubiesen afluído las hieles de Juvenal y las mentas de Ariosto, hizo befa de toda la variada especie de maridos... descentrados, y de toda la gama de liviandades. Quiso después despojar todas las caras de las máscaras que toman desde que el lecho dejan hasta que al lecho vuelven, y que aun a veces conservan en el lecho. Y como vió que hoy en el mundo no hay rostro sin máscara o carácter sin fingimiento, tuvo que satirizar hasta sus propios ideales.

Prendados los traductores de tan gallarda audacia, algo asustados, pero no arrepentidos, pues, de estarlo, yo no os hablaría ni vosotros me escucharíais, me encargan que, al estilo antiguo, os hable antes de comenzar la farsa.

Señoras, señoritas: Si os ofende y os enoja que unos muñecos digan y sientan lo que en la realidad veis y oís todos los días; si sois de las que sienten rubores contemplando los dorados mármoles en que el cincel de Praxiteles divinizó la humana forma, y luego, a hurtadillas, miran ávidas lo que un descuido muestra, marcháos antes de que la farsa dé comienzo. Bella o deforme, aquí la verdad ha de mostrarse, y si la verdad desnuda pone arreboles en vuestros lindos rostros y no queréis que por esos arreboles los demás entiendan que vosotras habéis entendido las verdades, aprovechad el oscuro que ha de hacerse para salir con el mayor silencio, sin que nadie de vuestra pudicia se dé cuenta, que la honestidad más vale callada y misteriosa que con atabales y clarines pregonada. Si curiosas quedaros preferís, oidme: el autor, amante como nadie de toda pecadora, indulgente cual ninguno con la flaqueza humana, se

propuso, ante todo, en esta farsa romper una lanza por vosotras, ¡pobres mujeres!, que si a veces sois crueles o livianas, tenéis en vuestro abono la belleza, y en disculpa la tiranía de las leyes y costumbres con que los hombres os sujetan y esclavizan y torturan. Se anticipa el autor a pediros perdón si en algo, por ser hombre, os ofende, y os dice que, por ser mujeres, os adora.

A vosotros, caballeros, es más arduo lo que tengo que deciros. El autor pretende nada menos que batan palmas las mismas manos que se juntaron para aplaudir con frenesí al hombre que, celoso de su honor, asesinó, diciendo al mismo tiempo altisonantes y ampulosas rimas a la esposa que tuvo la necesidad o la flaqueza de dejar de amarle y entregarse a otro. Para ello no ha compuesto un drama recurriendo a lo patético, ni aun siquiera una comedia llena de lindas frases y didácticas sentencias, sino una grotesca farsa, una humorada para que riáis jocundamente, que aquí la risa suplirá al aplauso, y para que os emocionéis si acertáis a separar de lo ridículo la tragedia, y para que recoja el que quiera y pueda la lección de moral que de la farsa se desprende, que de inmoral en ella, si veis bien, no veréis nada. Y, aclarado esto, por no deciros mucho, os diré tan sólo que no toméis en serio nada de lo que en la farsa vais a ver, pues sólo para la broma fué pensada, y que si creéis que el autor ha errado, esperéis hasta que la tela caiga, pues es fácil que seáis vosotros los equivocados por no haber entendido hasta entonces su intención, que, ante todo, es muy noble y muy honrada. Ya habéis oído que van a aparecer hombres en situación equívoca; mujeres adúlteras y vírgenes adulteradas, en broma siempre, por supuesto; pero si ello, como otras tantas veces, os enoja, a tiempo estáis de abandonar la sala; pero de ningún modo debéis, por conservar la máscara, protestar airadamente haciendo el juego al más ofendido, que, tras su máscara, a su vez, oculta la vergüenza y la ira que le causa verse retratado en uno de los grotescos muñecos de la farsa, y, sonriendo, dirá luego, tras de haber asistido gozoso al espectáculo, que vosotros protestáis por sentiros sonrojados, que la máscara obliga a ésta y aun a mayores bellaquerías.

Y, con vuestro perdón y licencia, la farsa va a comenzar, y el autor habla por su cuenta. (*Se hace el oscuro, y se levanta el telón.*)

# ACTO PRIMERO

Amplio *hall* en una villa, a orillas del lago de Como. Al foro, gran puerta de cristales, que da sobre una terraza con muchos tiestos de flores. La terraza avanza sobre el lago, y a derecha e izquierda tiene escalerillas para descender a él. Está limitada en el fondo por una baranda de piedra. En el *hall* hay muebles de distintas clases y estilos. En la terraza, dos mesas. Una muy al fondo, con manteles y restos de una cena que se ha servido. Otra, cerca de la puerta de cristales, dispuesta para jugar a los naipes. Ambas mesas están iluminadas por lamparitas con pantallas de colores. En el *hall*, una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Conviene que estas puertas sean de madera. Un piano en una lateral. Comienza la acción en las primeras horas de la noche.

Al levantarse el telón, MARTA, sentada ante el piano, toca un dislocado danzón americano, que bailan en el centro de la escena VALENTINA y PEDRO. SARA y LUCIANO están en la terraza. JORGE, EVA, MARCOS, PABLO y LUIS, en el *hall*, presencian el baile.

EVA. ¡Qué bonita danza!

JORGE. Ahora comienza a bailarse en América entre los salvajes.

EVA. Pero ¿no es americana?

JORGE. En su origen. Era una danza innoble y plebeya que importamos de la joven América, y que ahora le devolvemos dignificada.

MARTA. Pero debiera de prohibirse. Es verdaderamente inmoral.

LUIS. En sí no hay cosas inmorales. Habría que prohibir los hombres...

MARTA. (*Volviéndose.*) ¡Muy bien dicho!

LUIS. Para que las mujeres pareciesen morales.

MARTA. ¡Qué galantería!

EVA. (*A Jorge.*) ¿Le gusta a usted bailar?

JORGE. No.

EVA. (*Suspirando.*) Es lástima.

VALEN. (*Parándose de pronto.*) Marta, deja de tocar; haz el favor... (*Prestando atención a un rumor que viene del lago.*) ¿Oyen ustedes? Son ellos, los americanos. (*Todos los personajes guardan silencio, y dentro, muy lejos, óyese una voz de barítono que canta dulcemente una canción americana que dice de amor.*)

EVA. ¡Quién sabe cómo se adorará esa pareja!

LUIS. Eso. Quién sabe... Yo creo que necesita demasiadas cosas ese amor. Me parece algo teatral y artificioso. El poético lago de Como, la romántica luna, las canciones ensoñadoras... Demasiados adornos para una cosa tan hermosamente sencilla como es el amor.

EVA. No te consiento que hables mal de esa feliz y simpática pareja.

LUIS. Yo no hablo mal. Si acaso, los compadezco.

EVA. Eres un hereje en esta materia. (*A Jorge.*) ¿No le parecen a usted encantadores esos muchachos?

PEDRO. Amoríos de exportación.

MARC. Efectivamente. Italia viene a ser algo así como el sanatorio de los adúlteros fugitivos.

VALEN. Dicen que se han visto obligados a buscar refugio en Europa, porque el marido es un celoso fiero.

PABLO. Es natural. No iba a dejar sin venganza el adulterio. No todo son libertades en América.

MARTA. ¿Qué hubiera usted hecho en su caso. (*Mira a Sara riéndose.*)

SARA. (*Molesta* ) Vamos, Marta... (*Se aleja hacia la terraza.*)

PABLO. ¿Qué hubiese hecho en su caso? Eso no tiene duda. La hubiese matado. Pero sin pensarlo siquiera. ¡Vaya si la mataba! (*A Sara, que vuelve.*) ¿Verdad, Sara?

SARA. ¡Claro, hombre! ¡No faltaba más!

PABLO. Ya lo ha oído usted. ¡Matarla!

MARTA. Y con el amante, ¿qué haría usted? Vamos a ver.

PABLO. Nada. En cada hombre, los maridos tienen que ver un amante posible de su mujer.

MARC. El hombre está siempre en su derecho.

MARTA. Claro. Como que el deber ha sido inventado solamente para las mujeres.

LUIS. Y para que el pecado resulte más picante y sabroso.

EVA. Digan ustedes más bien que para excitar la fantasía de los hombres.

LUIS. ¿Qué sería de las mujeres si los hombres no tuviésemos fantasía?

VALEN. (*Desde la terraza.*) Mírenlos ustedes allá en el fondo del lago. La luna permite ahora que se les vea perfectamente. ¡Qué dichosos deben ser!

EVA. Yo les vi anoche en la playa.

VALEN. No se separan uno de otro ni un sólo instante.

EVA. Son encantadores.

VALEN. Las persianas de su hotelito están constantemente cerradas.

LUIS. A ver si resulta que se dedican a la fabricación de moneda falsa.

VALEN. Salen solamente de noche para pasear por el lago en un botecito, cantando y soñando.

LUIS. Con tal de que el idilio no tenga el mismo final que el de aquellos otros del año pasado...

MARTA. ¿Qué ocurrió? Yo no estaba aquí.

LUIS. Nada. Era también una parejita americana que hacía triunfar su amor a orillas del lago de Como. Pero, a lo mejor, cortó el idilio el marido.

MARTA. ¿Y hubo tragedia?

LUIS. No. El marido los perdonó y se la llevó a ella a su casita.

PABLO. ¡Indigno! ¡Ridículo!

LUIS. No veo el ridículo.

PABLO. ¿Cómo que no? ¿No es indigno, no es ridículo que un marido perdone? ¡Por vida de!... Mil veces ridículo y repugnante. Un marido, en ese caso, no tiene más remedio que pegarse un tiro.

PEDRO. Pero se dice que el amante dió al marido ultrajado veinte mil dólares por daños y perjuicios, y le indemnizó por los gastos de viaje.

PABLO. ¡Ah! Bueno. En ese caso... ejercía una profesión.

EVA. A mí me contaron que, al volver a América, ella se murió de pena.

VALEN. Basta ya, pues; si no se me van a pasar las ganas de casarme.

PEDRO. ¡Ay, hija mía! Esas son unas ganas que sólo se pasan casándose.

VALEN. ¡Qué tonto eres!

EVA. El marido es una desdicha necesaria.

VALEN. (*A Pedro.*) Vamos a ver. Si yo te engañara, ¿eras capaz de matarme?

PEDRO. ¿Tan segura estás de que nos vamos a casar?

VALEN. Bien sabes que tiene que ser así.

PEDRO. Todo puede ocurrir en este mundo. Hasta que yo me case contigo...

VALEN. Y también que yo te saque los ojos.

LUIS. ¿Qué están diciendo estos dos tortolitos? ¿De nuevo reñís? Siempre lo mismo. ¿Qué váis a hacer entonces cuando os caséis? No hay que anticipar la alegría del matrimonio.

PEDRO. Es que ha tenido la ocurrencia de preguntarme si la mataré el día que me engañe.

LUIS. No, hombre, no. Matarlas, no. Eso equivaldría a tomarlas en serio, y eso no debe hacerse nunca con las mujeres. Son demasiado lindas.

EVA. (*Avanza llevando a su lado a Jorge, que tiene cara de*

*aburrido.*) ¿Seguís hablando de la felicidad en el amor?

PEDRO. Sí, señora. Tienen ese mal gusto.

EVA. En mi concepto, la felicidad no es una virtud, sino, sencillamente, ignorancia.

MARC. Por lo mismo, a las infieles conviene darles unas lecciones.

VALEN. ¿Matándolas? Tiene gracia. Entonces, ¿cómo iban a sacar partido de la lección?

MARC. Es que en amor, el partido, como usted dice, le sacan siempre los demás.

LUIS. Con estas ideas me parece que acabarán ustedes por hacer muchas tonterías.

PEDRO. Pero si justamente, por nuestras tonterías, es por lo que las mujeres nos quieren. Solamente cuando un hombre es sumamente necio consigue que las mujeres le perdonen su enorme superioridad sobre ellas.

SARA. Bien, caballeros. ¿Han terminado ustedes de maltratarnos a todas? ¿No quieren jugar esta noche una partida de pocker?

PEDRO. Usted se ríe de nosotros, y se explica perfectamente. Como nada tiene que temer a nuestros flechazos...

PABLO. ¡No faltaba más!

LUIS. ¿Qué les parecen a ustedes los propósitos tan fieros de estos señores?

SARA. ¿Qué me han de parecer? Algo así como una pequeña rebelión de esclavos (*Mirando a su marido.*) capitaneada por un pequeño Espartaco.

PABLO. (*Molesto.*) Sara... Ya sabes que este tema de conversación no me hace maldita la gracia... A ver, caballeros, ¿quién quiere jugar al pocker?

MARC. (*Y otros.*) Yo, yo...

PABLO. Demasiados. No han de ser más que cinco. (*Toca un timbre. A Marcos.*) ¿Y tú?

MARC. Sí.

PABLO. (*Al criado, que entra.*) Prepare usted en la terraza la mesa para el pocker. (*El criado sale y vuelve después con las barajas y fichas, que coloca en la mesa de juego que está en la terraza.*) ¿Y tú? (*A Pedro.*)

PEDRO. También.

PABLO. (*A Jorge, que está charlando con Eva.*) Tú sí, ¿verdad?

VALEN. Y yo.

PABLO. (*Indeciso.*) Usted, no.

VALEN. ¿Y eso? Anoche perdí veintidós liras. Quiero desquitarme. (*Los jugadores se dirigen hacia la terraza.*)

EVA. (*A Jorge.*) ¿Me va usted a dejar por el pocker?

JORGE. Usted perdone, pero...

EVA. Todo sea por Dios. Entonces quedamos en eso, ¿eh?

JORGE. Perfectamente. (*Se reunen los jugadores en la terraza y se sientan alrededor de la mesita.*)

EVA. (*A Luis.*) Oye, Jorge me ha rogado que vaya a su estudio, pues desea esculpir mi busto; mejor dicho, la cabeza, la cabeza nada más. Por supuesto, contaré con tu permiso.

LUIS. ¿Por qué no?

EVA. Muchas gracias. (*Se aleja.*)

LUIS. Tú podrás posar y yo reposar. (*Se tiende en una butaca en el* hall, *y mientras tanto los jugadores comienzan su partida; Eva, de pie, tras Jorge, mira. Marta ojea un periódico; Luciano contempla el lago y fuma un cigarrillo.*)

MARC. Sara, tenemos una sed abrasadora.

SARA. ¿Qué quieren ustedes tomar?

MARC. Algo muy frío. (*Juega.*)

PABLO. Diez más.

SARA. En seguida serán servidos.

MARC. Veinte más.

PEDRO Yo, paso. (*A Sara.*) Preferiría té frío.

VALEN. No puedo jugar; paso.

MARC. Pocker de reyes.

PABLO. ¡Ah! Esto ya pasa de castaño oscuro.

EVA. Amigo mío, con esa suerte en el juego, me parece que va a tener muy poca en sus amores. (*Se sigue oyendo de cuando en cuando las voces de los jugadores*.)

SARA. Voy a decir que les traigan los refrescos. (*Pasa al* hall, *y dice a Luis, que dormita.*) ¿Qué hace usted aquí tan solo, filósofo? (*Vase por la izquierda.*)

LUIS. Nada, como todos los verdaderos filósofos. (*A Luciano, que ha entrado desde la terraza.*) ¿A ti qué te parece, ilustre letrado?

LUCIA. ¿De qué?

LUIS. De la filosofía, hombre.

LUCIA. ¡Ah!

LUIS. Como Homero, dormitaba.

LUCIA. ¿Decías?

LUIS. Muy distraído estás, por lo visto.

LUCIA. Dispensa, chico, estaba pensando.

LUIS. En alguna mujer, de fijo.

LUCIA. ¿Quién te ha podido decir?

LUIS. Escucha. Los filósofos y las mujeres se asemejan algo. Unos y otros tienden siempre a complicar hasta las cosas más sencillas, y a buscar la explicación a lo que por inexplicable se ha explicado siempre.

LUCIA. ¿Lo crees tú así?

LUIS. Y tú también, supongo. Por algo eres el letrado de las damas. Y dime, ¿cómo es que en toda la noche no has salido a la defensa del sexo femenino ni con una sola palabra?

LUCIA. ¿Para qué había de tomarme semejante molestia? Las mujeres no necesitan que nadie las defienda ni ante los tribunales.

LUIS. Tienes razón. Bastante trabajo nos cuesta a nosotros defendernos contra ellas.

SARA. (*Entrando*) Ya traen los refrescos. (*A Luis y a Luciano.*) ¿Qué complot están ustedes fraguando?

LUCIA. Nada de complot, señora; estábamos hablando de filosofía.

SARA. Irán ustedes a parar a los infiernos. (*Entra el criado con una gran bandeja de diversos refrescos.*) Sirve a don Luis, que la filosofía da mucha sed. ¿Qué quiere usted?

LUIS. Me pone usted en un brete. Nunca sé qué beber. Me parece más difícil escoger una buena bebida que una buena esposa.

SARA. Pues lo que es usted no puede quejarse, porque tiene un modelo de esposas.

LUIS. No digo que no; pero hablaba como filósofo.

SARA. Sírvase usted, pues. (*A Luciano*) ¿Y usted?

LUCIA. Muchas gracias; no tengo sed. (*Aparte a Sara bajando la voz*) Me voy. ¿Has abierto la puerta de la terraza?

SARA. (*Idem, idem.*) ¡No, no!

LUCIA. ¡Sí; ha de ser!

SARA. ¡Por Dios!

LUCIA. En tu cuarto te espero. Ve cuanto antes.

SARA. No hay forma de resistir.

LUCIA. No juegues más conmigo.

SARA. Prudencia, por Dios...

LUCIA. No temas. (*Indicando a Pablo.*) Según costumbre, todavía tiene para rato. Lo que más le gusta es el poker.

SARA. (*A Luis.*) Bueno; ¿pero que vá a tomar usted?

LUIS. Un poco de té frío. Me quedaré sin dormir. (*Vase a la terraza con Sara. El criado sirve los refrescos.*)

MARTA. (*Baja hacia el proscenio saboreando un vaso de refresco, y dice a Luciano, que está distraído.*) En toda la noche no me has dicho ni media palabra. Cualquiera dice que somos prometidos.

LUCIA. Como los demás charlaban por los codos...

MARTA. ¿Qué tienes?

LUCIA. Nada; ¿qué he de tener?
MARTA. ¿Por qué no juegas?
LUCIA. Es que voy a marchar.
MARTA. ¿Te vas tan pronto?
LUCIA. He prometido a los de Montasini pasar a saludarlos.
MARTA. ¿A estas horas?
LUCIA. Sí... Ellos, como casi todos los que aquí veraneamos, se acuestan muy tarde... Juegan, bailan...
MARTA. Entonces, ¿tampoco esta noche me vas a acompañar a casa?
LUCIA. Sí. Pienso volver antes de retirarme, y si estás aquí todavía...
MARTA. Te estás portando conmigo lo mismo que si estuvieras ya casado.
LUCIA. Vaya, deja que estas cosas las diga Pedro.
MARTA. Dirá lo que quiera; pero por el pronto, él está siempre pegadito a las faldas de su novia.
LUCIA. Aunque no lo estuviera tanto...
MARTA. No seas malicioso.
LUCIA. Allá se las compongan Pedro y Valentina.
MARTA. Pues por mí... Pero nosotros, ¿no te parece que estamos exagerando el sentido opuesto? Después de que teníamos decidido casarnos ahora a fin de verano, sales de repente aplazando la boda hasta el año próximo.
LUCIA. Ya te expliqué que mis negocios... Si no te quisiera bien, no repararía en tanto.
MARTA. Sí, sí. Yo no sé cuántas veces se ha aplazado nuestra boda. Es algo así como esas funciones benéficas que se van aplazando, aplazando, para poder atender a la demanda de localidades, y es porque no se ha vendido ni un solo billete. (*Ríe con amargura.*)
LUCIA. Ya llegará el día...
MARTA. ¿Y mientras tanto?...
LUCIA. Y mientras tanto, ¿qué?
MARTA. Nada; digo que mientras tanto..., esta noche te vas a casa de los de Montasini.
LUCIA. Son clientes míos... Por eso voy. Es una visita casi de obligación.
MARTA. ¿A media noche?
LUCIA. Me han invitado. Ya te he dicho que... se acuestan tarde.
MARTA. Iré contigo, ¿quieres?
LUCIA. (*Dando un brinco involuntariamente.*) ¿Adónde?
MARTA. (*Riendo irónicamente.*) No, no; no te sobresaltes. No iré. Estáte tranquilo.
SARA. No sé por qué había de intranquilizarme.

MARTA. Yo tampoco lo sé.

LUIS. (*Entrando.*) El relente me hace un daño grandísimo. (*Vuelve a retreparse en la butaca.*)

LUCIA. (*A Luis.*) Hasta luego, Luis.

LUIS. ¿Te vas tan pronto? ¿Qué prisa es ésa?

LUCIA. Tal vez nos veamos dentro de un rato. Hasta luego. Hasta pronto, Marta.

MARTA. Hasta cuando quieras.

LUCIA. (*Sale a la terraza y se dirige a Sara.*) A los pies de usted, Sara.

SARA. ¿Se marcha usted ya?

PABLO. Paso. (*A Luciano.*) ¿Tan temprano?

LUCIA. Voy un rato a casa de los Montasini. Quizá nos veamos más tarde. Vendré a recoger a Marta.

SARA. Seguramente encontrará usted todavía aquí sentados a estos viciosos empedernidos. Pero lo que es a mí no me va a hacer daño la bruma del lago. Me voy a acostar muy pronto. Estoy rendida. (*Toca un timbre.*)

MARC. Estamos abusando, ¿verdad?

SARA. De ninguna manera, Marcos. Pero ya sabe usted que a estas horas comienzan a cerrárseme los ojos, y hago un papel ridículo si no me voy a acostar. Ustedes son quienes han de perdonarme.

LUCIA. (*Que se ha despedido de los demás, dice al criado que acaba de presentarse.*) Haga el favor de mi sombrero y mi bastón. (*El criado vase para volver con lo pedido.*)

PABLO. (*A Luciano.*) Pues entonces, Luciano, aquí te esperamos. Mis respetos a Regina Montasini.

LUCIA. Hasta luego. (*Vase por la terraza.*)

SARA. Hasta mañana, queridos amigos, y divertirse mucho. (*Se despide uno por uno de todos los personajes.*)

JORGE. Venga una carta.

PABLO. Para mí, tres. (*Besa a Sara en la frente.*) Hasta luego, Sara; que descanses.

SARA. (*Entra en el* hall.) Hasta mañana, Luis.

LUIS. ¡Cómo la envidio a usted!

SARA. (*Riendo.*) Pues acompáñeme.

LUIS. ¿Para qué, si tiene usted el decidido propósito de seguir siendo mujer de bien?

SARA. ¡Ah! Pues lo que es por usted no me iba a fiar mucho.

LUIS. Muchas gracias, señora; pero siquiera no me quite usted toda la ilusión.

MARTA. ¿Quieres que vaya a fumar un cigarrillo a tu cuarto? De paso, me enseñarás los dos sombreros que, según me dijiste, te has comprado hoy.

SARA. ¿A estas horas?

MARTA. ¿Por qué no?

SARA. De ninguna manera. Quiero mejor que me los veas puestos.

MARTA. Entonces fumaré sólo un cigarrillo.

SARA. ¡Por Dios! Como Pablo no fuma, si oliese a tabaco en mi cuarto, sabe Dios lo que pudiese sospechar.

MARTA. ¿Tiene derecho a sospechar de ti algo?

SARA. (*Desviando la conversación.*) Verás. Uno de los sombreros es originalísimo...

MARTA. Me dedicaré a la lectura en espera de Luciano, que ha ido a casa de las de Montasini.

SARA. Son muy simpáticas.

MARTA. Lo que es a mí, esta noche me parecen...

SARA. Perdona. Estoy cayéndome de sueño. Vaya, adiós... (*Se va rápidamente por la derecha; Marta la mira hasta que desaparece, y hace un gesto despectivo. Luego sale a la terraza.*)

JORGE. (*Que ha dejado de jugar, seguido de Eva, entra en el* hall. *Ni uno ni otro ven a Luis, que se ha quedado dormido en la butaca, que está en la penumbra, pues ha apagado una lámpara de pie.*) ¿Qué quería usted decirme?

EVA. Que he conseguido al fin que mi marido me autorice para ir mañana a su estudio.

JORGE. Qué dichosos vamos a ser.

EVA. Según los límites que para usted tenga la felicidad.

JORGE. Es usted de un refinamiento que causa tortura. Verdadera Diana, se complace usted en jugar con las pasiones que excita. ¿Cuándo vamos a poner término a este «flirt» tan peligroso?

EVA. A las tres estaré en el estudio.

JORGE. Es que estaré solo.

EVA. ¿Qué me importa?

JORGE. Eva... (*Al volverse, ve a Luis y dice asustado.*) ¡Está ahí su marido!

EVA. ¡Ah! Duerme... No hace más que dormir.

JORGE. Si hubiese oído....

EVA. Imposible... Por otra parte, es tan bueno el pobre...

JORGE. Parece que se queja usted de ello.

EVA. ¿No me he de quejar? Por desgracia, casi siempre es la virtud de los demás la que nos empuja hacia el mal.

JORGE. ¿De manera que si usted peca es por culpa de él?

EVA. O al contrario, ya le digo. A mí me hubiese convenido casarme con un hombre como el marido de Sara. A mí me hacía falta un sér tan severo, tan apasio-

nado y tan vehemente como Pablo. Un hombre que me hubiese considerado como una cosa de su propiedad exclusiva e indiscutible. Que me hubiese subyugado con las caricias y el terror. Que hubiese dado a mi vida un fondo rojo de placer y de tragedia al mismo tiempo. En cambio, mi marido, ahí lo tiene usted. Un santo. Siempre durmiendo y siempre tranquilo. Con una confianza y una bondad verdaderamente irritantes. ¿No sabe usted? Una vez preparé las cosas de tal modo que no tenía más remedio que sorprenderme y creer lo que no existía. Llegué al punto de no reservar ningún justificante para demostrarle después mi inocencia. Pues bien; la escena terrible, la escena sangrienta se quedó inédita. Me perdonó. ¡Ay! Por desgracia, lo dramático huye de mi vida, y, sin dramas, el amor es de lo más vulgar y cruel que puede imaginarse.

JORGE. Sí, pero... Supongo que no pretenderá usted que nuestro «flirt» tenga un epílogo en la crónica de sucesos de un periódico.

EVA. (*Burlona.*) ¡Oh, qué decepción!

PABLO. ¡Ea, basta de juego! Esto ya es el colmo de la mala suerte...

MARTA. (*Muy nerviosa, entra desde la terraza, cruza el salón y sale por la izquierda, pasando por delante de Luis.*) Que usted descanse, don Luis.

LUIS. (*Despertando o fingiendo despertar de repente.*) ¡Ah! ¿Quién es? (*A su mujer.*) Dispensa; me había quedado dormido.

EVA. Descansa, hijo, descansa. Te sienta muy bien un sueñecito. (*Vase a la terraza con Jorge.*)

MARC. (*A Eva y Jorge.*) Siéntense ustedes, pero nada más que media hora. (*Eva y Jorge se sientan en la mesa de juego.*)

PABLO. Bastante he jugado y he perdido por esta noche. (*A Luis.*) ¿Qué haces tú aquí?

LUIS. Me había quedado dormido. (*Se levanta.*)

MARTA. (*Entrando por la izquierda, cada vez más nerviosa; vase hacia la terraza; al pasar por delante de Luis, le dice:*) Buenos días; ¿se ha descansado?

LUIS. ¿Pero qué demonios tiene esta muchacha? Parece un alma en pena.

PABLO. ¿Qué ha de tener? Que está esperando a su novio, y el que espera, desespera.

LUIS. El matrimonio es una delicia hasta en sus preludios.

PABLO. A mí me parece que no es justo que se reniegue de

una institución tan admirable. Por mi parte, sé decirte que soy un marido feliz.

LUIS. Y yo también. Es cuestión de acostumbrarse.

PABLO. ¿Acostumbrarse a qué?

LUIS. A su propia esposa.

PABLO. Es que también hay que procurar comprender a las mujeres.

LUIS. Para comprenderlas sólo hay un medio: amarlas. Y cuanto más amadas son, tanto más se sienten incomprendidas.

PABLO. ¿No amas acaso a tu mujer?

LUIS. ¿Yo?... ¡Pchs! ¡Quién sabe!

PABLO. ¿Cómo que quién sabe?

LUIS. La vida es algo más amplio que el matrimonio. La vida lo abarca todo... y a todos.

PABLO. No te comprendo...

LUIS. (*Sonriendo, con tristeza.*) Vamos, vamos, que comprendes perfectamente, y sé muy bien lo que piensas de mí.

PABLO. ¿Yo?

LUIS. Sí, lo que piensas tú y lo que piensan todos.

PABLO. Te aseguro...

LUIS. No disimules. Todos pensáis que mi mujer me engaña.

PABLO. Puede no ser cierto.

LUIS. No lo sé, no quiero saberlo.

PABLO. Pero... ¿puedes tener tranquilidad para vivir en esa incertidumbre.

LUIS. No tengo incertidumbres. Doy por sentado que me engaña.

PABLO. ¡Oh! Estupendo. ¿Y te conformas con ello?

LUIS. No sabes tú bien la facilidad tan grande que en general tiene la humanidad para conformarse con muchas cosas.

PABLO. ¿Pero es posible que dejes que te engañe así?

LUIS. Te he dicho que no sé si me engaña o no. Pero puedo asegurarte que entre ella y yo el primero en engañar fuí yo. Cuando me casé la llevaba veinte años.

PABLO. Eso no fué engaño, porque ella lo sabía.

LUIS. Pero no sabía las consecuencias y yo sí. Por lo tanto, el que se exponía a pagar los daños y perjuicios de la defraudación era yo.

PABLO. Entonces... ¿te casaste dispuesto a todo?

LUIS. ¿Y eso qué? De tener ingenio, todos los hombres debieran casarse en tan favorable estado de ánimo para no llamarse a engaño después.

PABLO. ¡Ah! Pues lo que es yo nunca me hubiese resignado. ¡Nunca!

LUIS. Bueno; pero ¿y después? Ya ves. De haber sido yo un marido terrible, y ella como sospechan todos, ¿qué pasaría?

PABLO. Que no te hubiese engañado.

LUIS. Me hubiese engañado lo mismo. Con la particularidad de que entonces yo hubiera sido un marido ridículo.

PABLO. ¿Acaso no lo eres ahora?

LUIS. ¿Yo? No. Somos tantos en Italia en las mismas condiciones... Y como somos tantos, nos hace el efecto de que somos la normalidad. En fin, que yo me considero un marido normal dentro de la especie.

PABLO. ¡Ah! Pues yo, en cambio, no ya ante el hecho, ante el más leve indicio, me hubiese tornado cruel, despiadado, implacable.

LUIS. Ya, ya lo sé. Tú la hubieses matado. Pero ¿y luego? Me hubiese encontrado en un problema ante mi segunda mujer.

PABLO. Es que la segunda se hubiese guardado muy bien...

LUIS. Qué poco conoces a las mujeres, querido Pablo. Las mujeres se atreven a todo. Nada despierta en ellas la atención; nada las atrae tanto como el peligro. Y el hombre a quien quieren de veras, con toda su alma, es aquel que ha logrado impulsarlas a cometer las mayores locuras. Créeme, hijo mío; si queremos disfrutar de la vida con alguna tranquilidad, hay que desechar ciertas preocupaciones.

PABLO. Algunos, no. Comprendo tu conducta. Quieres hacer tu felicidad a toda costa. Te anticipas a creer en las infidelidades de tu mujer, y te resignas a ser un marido burlado sin tener la convicción de que lo eres. Crees que, de existir la fidelidad, más fácil es que tú disfrutes de ella que no un celoso de su honor. Pero yo no puedo ser así, no lo seré nunca. Me conozco a mí mismo, y como me conozco, sin meterme a juzgar tu conducta, te digo que yo, si mi mujer me fuese infiel, la mataría.

LUIS. Sí, ya lo sé. Si te he dicho que lo sé. Pero, dime, ¿a qué santo tamaña barbaridad?

PABLO. No quería yo contestarte, pero ya que me preguntas... Pues, sencillamente, por dignidad, por honor y por derecho... Porque el matrimonio es un pacto para toda la vida, y quien viola ese pacto, justo es que pague su falta con la vida.

LUIS. ¡Que atrocidad! Hablas con más energía que Napoleón primero. Seguramente eres el Napoleón de los maridos; pero no olvides que Napoleón, con ser un

genio, no tuvo mucha suerte que digamos en su matrimonio. Por lo visto, para las mujeres no hay nada sagrado. Ni la grandeza ni la gloria; y estoy por decirte que ni la santidad.

PABLO. No puedo creer que ese cinismo de que haces gala sea sincero. Porque si sintieses como dices, serías para...

LUIS. ¿Para qué? Termina.

PABLO. Para dar...

LUIS. Asco, ¿verdad? A mí también, a veces, me hace ese efecto. Pero luego, al ver a la humanidad de cerca, acabo por ser algo indulgente conmigo mismo. Por otra parte, ¿por qué he de negarlo?, hay en el fondo de mi corazón algo..., algo que no puedo decirte sin temor a correr el verdadero ridículo. ¡Quién sabe! Tal vez ella experimente algún día un sentimiento de decepción y cansancio, y se convenza entonces de que las cenizas del amor son una cosa triste y abyecta, y quizás vuelva entonces a mí con más cariño que nunca, y sea la compañera más fiel y amante. ¿No pretendemos los hombres, después de haber pasado por todos los placeres y por todas las turbulencias, purificar nuestro corazón sobre la ruina de tanto desengaño?

PABLO. De manera que tú, el marido, sueñas con ser el último, si acaso?

LUIS. ¿Y qué? Las mujeres, que en materia de amor tienen más experiencia y más instinto que nosotros, y que en sus sentimientos hacen ostentación de mucho menos orgullo, siempre desean ser el último amor del hombre a quien quieren. Fíjate que con ello dan pruebas de ser más sensatas, de poseer más nobles sentimientos y más exquisita delicadeza.

PABLO. (*Asqueado.*) Ea, basta ya. No quiero oír más. ¡Esto es para asquear, para asquear! (*Se aleja nervioso.*)

MARTA. (*Ha entrado en el* hall *al pronunciar Pablo las últimas palabras; su actitud revela una gran excitación, que ella procura dominar; dice a Pablo.*) ¿Todavía está usted aquí?

PABLO. Ya lo ve usted.

MARTA. (*A Luis.*) ¿Qué tiene?

LUIS. (*Sonriendo*) Nada, que es un marido... demasiado susceptible.

MARTA. (*Fingiendo haber entendido otra cosa y simulando la mayor sorpresa.*) ¡Oh! Pero... ¿le parece a usted así?

LUIS. A ver si consigue usted que se tranquilice.

MARTA. (*Como dudando si hablar o no.*) Vamos, Pablo, tranquilícese. Está usted en un error.

PABLO. (*Volviendo.*) ¿Cómo que estoy en un error?

MARTA. Claro. A usted se le antojan los dedos huéspedes.

PABLO. ¿Usted cree?...

MARTA. No faltaba más. No debe dejarse uno alucinar por las apariencias.

PABLO. (*Mirando a Marta, que, con perversidad, trata de fingir de un modo manifiesto y exagerado para que Pablo lo advierta claramente.*) ¿Qué dice usted? A ver...

MARTA. Ya me hago cargo... Tal vez haya habido algo de ligereza. Más aún, si usted quiere... Admitamos que haya coqueteado un poco. Pero de eso a suponer... ¡Vamos, hombre!

PABLO. ¿Hasta suponer qué?

LUIS. (*Que empieza a asustarse, viendo el rumbo que toma el diálogo.*) Yo creo, Marta...

MARTA. (*A Pablo.*) Pero, por Dios y todos los santos, Pablo; no se excite usted así. No vaya a figurarse... Cuando yo le digo a usted que está en un error, créame. La conozco perfectamente. Es una mujer superior a toda sospecha. Me atrevería a responder de ella. (*A todo esto, Marta se ha ido colocando poco a poco delante de la puerta de la izquierda, como queriendo, sin que Pablo se dé cuenta de la maniobra, impedirle penetrar en el cuarto de Sara.*)

PABLO. (*Dando un brinco.*) ¿De ella?

LUIS. (*A Marta.*) Pero ¿qué está usted diciendo, criatura?

MARTA. (*Fingiendo y exagerando sorpresa y turbación.*) Pero ¿no estaban ustedes hablando de...?

PABLO. ¿De quién?

LUIS. No nos referíamos a nadie.

PABLO. (*A Luis.*) ¡Cállate! (*A Marta.*) ¿De quién creía usted que hablábamos? Explíquese. (*Gritando, muy excitado.*)

MARTA. Pero si no se...

PABLO. La exijo que se explique.

MARC. (*Desde la terraza.*) ¿Se puede saber por qué gritan ustedes así?

LUIS. (*A Pablo.*) No hagas caso. Esta muchacha está excitada y no sabe lo que dice.

MARTA. Y tanto. No entiendo una palabra.

PABLO. (*A Marta con voz solemne.*) Estaba usted hablando de ella.

LUIS. Pero ¿no ves que aquí hay un equívoco?

PABLO. ¡Vive Dios, que a toda costa quiero saber la verdad!

MARTA. ¿Eh? Que yo no sé una palabra. (*Los jugadores dejan la terraza y entran en el* hall.)

PABLO. ¿Se niega usted? Pues ella misma me la dirá. (*Se dirige hacia la habitación de Sara.*)

MARTA. (*Cerrándole el paso.*) ¡No!

PABLO. (*Horrorizado.*) ¿Qué?

LUIS. Vamos, Pablo, no hagamos tonterías.

PABLO. Quiero pasar, dejadme. (*Se suelta de los brazos de Luis y abre rápidamente la puerta de la izquierda; se precipita por ella y vuelve a cerrar de golpe, sintiéndose que echa la llave o el cerrojo. Todos acuden con la mayor ansiedad y quedan detenidos ante la puerta cerrada, en espera de un grave acontecimiento. Dentro óyense diferentes voces tumultuosas, distinguiéndose entre todos los gritos de Pablo, que dice:*) ¡Abre! ¡Que abras te digo! ¡¡Que abras o derribo la puerta!! (*Dentro se oye golpear furiosamente una puerta, que se supone es la de la alcoba de su mujer, y más furioso que antes grita:*) ¡Abre, infame, abre!... (*Se oye un golpe más fuerte. Es la puerta que ha cedido ante la violencia de Pablo. Nuevos gritos. Marta, que se ha quedado inmóvil, se desploma en una butaca; Marcos fuerza la puerta de la izquierda, y todos los personajes penetran en la habitación inmediata, y en seguida salen trayendo a Pablo, al que procuran tranquilizar, pues viene presa de un furor que no le deja hablar.*)

PABLO. (*Después de una pausa.*) Pero, ¡por los clavos de Cristo! ¿Se puede saber que más quieren ustedes de mí? ¿No estan ustedes bastante satisfechos con haberle dejado tiempo para que huyese?

MARC. Vamos, hombre, vamos. Ya es inútil que te sofoques así. Tiempo tienes para defender tu honra de otro modo. (*Deja sobre la mesa un revólver, que quita a Pablo.*)

PEDRO. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con tu honra? Esas son tonterias de pueblo salvaje.

PABLO. Callaros, callaros; más vale que os calléis. No me digáis más. Todos habéis sido cómplices suyos. Todos lo sabíais. Sólo yo estaba ciego. Ciego como uno de tantos... maridos, y como ellos estúpido y ridículo. Eso es, ridículo.

MARC. Vamos, sosiégate. Con tranquilidad, ya verás lo que es del caso hacer.

PABLO. Eso es, ya se verá. Si a mano viene, acudiré a los Tribunales. ¿No os parece? Y los Tribunales me contestarán explicándome cuál es el artículo del Código por el cual queda autorizado un marido para hacer

el ridículo. ¿No es eso? Tenéis razón. Ya se verá. Tiempo hay de sobra... Y mientras tanto ella..., ella se está burlando de mí. Y pensar que no he tenido ni la triste satisfacción de verle la cara a él, a ese canalla que me robaba mi honra... Aunque, después de todo, él no es el culpable. El hacía su papel de hombre.

MARTA. (*A Eva.*) Sáqueme usted de aquí, por Dios se lo pido. ¡Qué congoja! ¡Qué desgracia!

EVA. Tranquilízate, hija mía. Vendrás con nosotros. Ten calma.

PABLO. (*A todos.*) ¿Y qué es lo que aguardáis ahora? Ya habéis visto mi desgracia. Me habéis dado el pésame. Estáis cumplidos. ¿O es que os proponéis pasar la noche en esta casa velando el cadáver del marido? (*A Luis.*) Tú estarás contentísimo, satisfecho. Estarás gozando lo indecible, ¿eh?

LUIS. ¿Yo? Vamos, hombre. Qué cosas dices.

PABLO. Ya soy un marido normal. Ya soy el Napoleón de los maridos normales, ¿no? ¡Me das asco!

LUIS. ¡Por Dios, hombre!

EVA. ¿Por qué dice eso?

LUIS. Hay que compadecerle. Es un desahogo natural.

EVA. ¡Pobrecillo!

LUIS. ¡Eso es! ¡Pobrecillo!

PABLO. ¡Dejadme solo! Haced el favor de iros.

MARC. Sí, sí. Nos iremos en cuanto te veamos un poco más tranquilo.

PABLO. Os ruego que os vayáis en el acto.

MARC. En cuanto nos prometas no hacer tonterías.

PABLO. ¡Por vida de...! Os exijo que os vayáis. ¡Me estáis exasperando!

MARC. Bueno, bueno. Ya nos vamos. Sosiégate...

PEDRO. (*A Valentina.*) Para que aprendas.

VALEN. ¿Yo? En todo caso, eres tú el que debes aprender. (*Unos se despiden de Pablo con un apretón de manos, y otros, en cambio, no sabiendo qué actitud tomar, se van sin despedirse siquiera. Todos hacen mutis por la terraza. Marta se agarra, desfallecida, del brazo de Eva.*)

PABLO. (*Tan pronto como se han retirado todos los personajes, cierra violentamente la puerta de cristales que da a la terraza. A través de ella se ve a un criado que quita las mesas y apaga las luces. Pablo se pasea nervioso y excitado, y después se deja caer en una butaca; al cabo de unos instantes aparece Sara en la terraza y queda inmóvil tras los cristales mirando a Pablo.*

*Luego abre la puerta sin hacer ruido, y permanece en el fondo pegada a ella. Pablo levanta la cabeza, ve a Sara y se pone de pie de un brinco; luego se queda inmóvil, con el cuerpo erguido, vibrante, y los ojos desmesuradamente abiertos; por último, va hacia ella y, asiéndola de la mano, la hace dar violentamente unos pasos.)* ¡Ah! ¡Tú! ¡Tú! (*Sara observa una actitud humilde y no se atreve a hablar.*) Ni media palabra, ¿sabes? Ni media palabra. Es inútil.

SARA. (*Con voz muy queda.*) Pablo...

PABLO. De manera que has vuelto. ¿Has vuelto?

SARA. Escúchame...

PABLO. ¿Has vuelto para ver si me atrevo a...?

SARA. No. He vuelto para humillarme.

PABLO. Antes conseguiste escapar. Pero ahora no podrás. Te tengo aquí.

SARA. Si de veras me has querido. Si de veras...

PABLO ¡Ah! Así es como te quiero yo. (*La agarra del cuello y aprieta. Sara no hace nada para librarse; tan solamente palidece y da un grito ahogado. Entonces Pablo deja de apretar y se aleja un poco por un movimiento instintivo y horrorizado por lo que estuvo a punto de hacer. Ambos permanecen silenciosos y mirándose mutuamente con honda turbación. Pablo se da cuenta perfecta de que nunca podría cometer el crimen, y Sara de que domina a su marido.*)

SARA. (*Después de un largo silencio.*) Pablo... (*Pablo hace un gesto desesperado pidiéndola que se calle. Otra pausa.*) Pablo, haz de mí lo que quieras.

PABLO. (*Con tristeza.*) No te permitas la ironía, porque aun no puedes estar segura de que te has salvado.

SARA. (*Más convencida aún de que él no podrá nunca matarla.*) ¡No!...

PABLO. (*Se mira las manos y las extiende hacia el cuello de ella.*) No... no podría. El contacto de tu cutis parece que me electriza los dedos. Pero ¿por qué me quitarían el arma?

SARA. (*Con gesto decidido, coge el revólver que ha quedado sobre la mesa y se lo entrega.*) Toma, aquí tienes.

PABLO. (*Con expresión de cólera, parece que va a coger el revólver, pero en seguida duda, retira el brazo y se deja caer en una butaca.*) ¡Oh, qué mujer!

SARA. (*Dejando el arma sobre la mesa.*) Tú ya no me matarás.

PABLO. ¿Qué no? ¿Tienes la seguridad?

SARA. Sí. Tú no me matarás. Te digo...

PABLO. ¿Por eso te has jugado el todo por el todo?

SARA. Me he jugado menos de lo que tú te figuras.

PABLO. ¡Claro! ¡Tu vida vale tan poco!...

SARA. ¡Mi vida! ¡Qué más da! Eso es lo de menos, y ahora comprendo que es justamente lo único que no me he jugado.

PABLO. ¡Estás loca! No te quepa duda de que yo te hubiese matado si...

SARA. ¡Qué me ibas a matar! Arráncate de una vez del rostro esa careta de criminal. Sé sincero para contigo mismo. Lee en el fondo de tu corazón, y no sigas siendo esclavo de tus propias palabras y de tus actitudes convencionales... En este momento, Pablo, tú y yo nos estamos jugando todo nuestro porvenir. Procura, pues, evitar que se agrave la situación. No des lugar a que algo irreparable surja entre tú y yo. Reflexiona que quizá de nuestra vida aun podemos salvar algo.

PABLO. ¡Qué hemos de salvar ya! Es tarde. Tú para mí has muerto.

SARA. Como tú quieras. Pero antes reflexiona.

PABLO. (*Para sí mismo.*) Para mí..., para los demás. Eso de que has muerto, es para mí una frase huera y estúpida.

SARA. (*Con pena.*) De modo ¿que esto te duele y no ya el que me hayas perdido?

PABLO. (*Riendo con amargura.*) Ridículo.

SARA. ¡Qué pena!

PABLO. (*Tras de una pausa.*) Bien. Lo único que hay que hacer es una cosa.

SARA. ¡Tú dirás!

PABLO. Te marcharás.

SARA. (*Con dolorosa sorpresa*). ¡Ah!

PABLO. Es preciso que desaparezcas.

SARA. ¿Me echas?

PABLO. Para siempre.

SARA. ¿Para siempre?

PABLO. Y quiero que nadie sospeche siquiera que te has ido. Ahora mismo montarás en el automóvil, que partirá sin que nadie se entere, y te llevará hasta Suiza. Y una vez allí tomarás el tren para París. Seguirás a Londres. Todo lo demás corre de mi cuenta.

SARA. Pero ¿qué piensas hacer?

PABLO. Eso a ti debe tenerte sin cuidado.

SARA. Me das miedo en este momento. ¿Qué es lo que estás meditando?

PABLO. ¿Que tienes miedo? Tranquilízate. No tienes nada que temer. Ya ves qué sereno estoy.

SARA. No tengo miedo por mí, sino por ti.

PABLO. ¿Por mí?... Por mí no debías haber hecho lo que has hecho.

SARA. ¿Qué plan es ese que me estás ocultando? Me marcharé mañana. Déjame siquiera el tiempo necesario para que yo pueda hablar, explicarte, demostrarte...

PABLO. ¿Es que piensas negar?

SARA. No lo he intentado.

PABLO. Es que no quiero creerte. Es que no puedo creerte. Es que después de lo que ha ocurrido me importa muy poco que seas inocente o no...

SARA. Eso es lo que adivinaba, y eso es lo que me duele.

PABLO. Pero ¿tengo derecho o no a echarte de mi casa? Basta de palabras inútiles. Lo menos que puedo hacer es dejarte marchar y exigirte que te vayas lejos, y que desde ahora dejes de usar mi apellido y adoptes un nombre supuesto. ¿Es demasiado, acaso, lo que te pido? Con esta condición, te perdono la vida; ¿te conviene?

SARA. ¿Llevar otro apellido?

PABLO. Así lo exijo. Te daré dinero para que puedas viajar y vivir durante algún tiempo. Después yo proveeré para que nunca te falte nada...

SARA. ¿Luego es de veras que me echas para siempre?

PABLO. Pues ¿qué ilusiones te habías forjado? Y entendámonos claro. Nadie, nadie en absoluto ha de volver a saber de ti, y mucho menos él, ¿eh? No quiero que vaya a buscarte.

SARA. (*Con evidente acento de esperanza.*) ¿Lo sentirás acaso?

PABLO. Es que no quiero que nadie sepa dónde estás. Te lo prohibo nada más que por eso. En una palabra, necesito que hayas muerto para todo el mundo; ¿estamos?

SARA. (*Con decepción.*) ¡Ah!... Está bien. Se hará lo que deseas. Por lo demás, ¿crees acaso que yo hubiese tenido valor para presentarme ante ti; me creerías capaz de estar aquí en este momento si aun hubiese algo entre ese hombre y yo? No, no. Puedo asegurártelo. Todo se ha acabado.

PABLO. Eso a mí ya no me importa.

SARA. Lo que lamento yo, y con toda mi alma por cierto, es otra cosa muy distinta.

PABLO. Sea lo que sea, no tengo interés alguno en saberlo. Ya ves. Ni siquiera te he preguntado quién es.

SARA. Hubiese sido inútil. En ese caso, sí que me hubiese dejado matar antes de cometer tal bajeza.

PABLO. Tampoco te lo hubiese yo preguntado. No tengo más que decirte.

SARA. Entonces, ¿tu decisión es irrevocable?

PABLO. Irrevocable.

SARA. Piénsalo bien, Pablo.
PABLO. He dicho que te vayas.
SARA. Te ruego que lo pienses.
PABLO. Basta de conversación. A toda costa, procura que nadie te vea. (*La vuelve la espalda.*)
SARA. (*Mirándole con cierta compasion e ironía.*) Vamos, me conmutas la pena de muerte por la de destierro. (*Vase lentamente por la derecha.*)
PABLO. (*Toca el timbre, y luego siéntase delante de una mesa y escribe unas líneas. Por la izquierda, entra un criado.*) ¿Quién de ustedes está levantado todavía?
ANDR. Nadie más que yo. Jacobo y Teresa ya se han acostado.
PABLO. Pues bien; sin ruido, saque usted inmediatamente el automóvil a la carretera y párese delante de la puerta excusada de la verja.
ANDR. ¿Quiere usted que mande llamar al *chauffeur*?
PABLO. No hace falta. Conduciré el automóvil yo mismo. En cuanto le deje usted delante de la verja, monte en la bicicleta y vaya en seguida a Como a depositar este telegrama. (*Le entrega la hoja que ha escrito.*) Si no tiene usted ganas de volver a casa, puede quedarse a dormir en Como. Procure cumplir todos los encargos pronto y bien y sin decir una palabra a nadie... ¡Salga! (*El criado hace una reverencia y se va por la izquierda. Pablo le mira hasta que desaparece.*) Parece que le costaba trabajo contener la risa. ¡Ya empezamos!
LUCIA. (*Entra por la derecha, procurando aparentar la mayor soltura y serenidad.*) ¿Se han marchado ya todos? ¿Y Marta?
PABLO. (*Al ver a Luciano, se pone rápidamente en pie y toma una actitud trágica.*) ¿Ah? ¿Tú? ¡Alabado sea Dios!
LUCIA. ¿Qué pasa?
PABLO. Sólo a ti esperaba.
LUCIA. (*Alarmado.*) ¿Qué?...
PABLO. Te necesito.
LUCIA. Explícate.
PABLO. ¿No lo adivinas? (*Exagerando su actitud.*) ¡Acabo de matar a mi mujer!
LUCIA. (*Dando un brinco.*) ¿Qué?
PABLO. Me engañaba. La he sorprendido... ¡La maté!
LUCIA. ¿Te has vuelto loco? No es posible...
PABLO. La he matado. Te digo que la he matado.
LUCIA. (*Emocionado.*) Pero ¿cómo?... ¿Cuándo ha sido eso?
PABLO. Hace poco. Mientras todos estábamos aquí reunidos; ella se había encerrado en su cuarto con un hombre.
LUCIA. ¿Con un?...

PABLO. La sorprendí, pero la gente que había aquí me retuvo y le dejó tiempo para huir.

LUCIA. ¿Y luego?

PABLO. Luego les eché a todos. Me quedé aquí solo y de pronto ella volvió... Se me apareció detrás de aquellos cristales... Entró... Creía tal vez que yo era débil, que iba a dominarme y la perdonaría... (*A medida que va hablando se acalora y da al relato tanta vida, que parece cierto*) Creyó que la perdonaría, sí. ¡Qué ilusión! Murmuró unas palabras que no recuerdo. Sólo sé que me abalancé sobre ella, la cogí, y ya no sé, no sé... Se escapó de mis manos y echó a correr. Salí tras de ella como un loco. La di alcance fuera, en la terraza; la así por la garganta... ¡Ah! ¡Lo que recuerdo es la extraña sensación que experimentaba al oprimir su cuello entre mis dedos y hundir mis uñas en la piel!... Junto a la barandilla, ella luchaba desesperadamente para desasirse, y palidecía, palidecía cada vez más... Yo, completamente trastornado, seguí apretándola y empujándola, hasta que por fin se desplomó sobre la barandilla y cayó al agua... Un débil grito y el ruido sordo del cuerpo al sumegirse. Dos manos diminutas a ras del agua. Luego unos círculos cada vez más anchos más anchos, y después nada, el silencio..., un siniestro silencio. ¡Eso fué todo! (*Se desploma en una silla.*

LUCIA. (*Anonadado, después de haber oído el relato con vivo emoción*) ¡Qué horror!

PABLO. Era inevitable.

LUCIA. (*Después de un corto silencio y ocultando trabajosamente su emoción*) Y... ¿él?

PABLO. ¿El? ¿El amante? Ni sé quién es ni me importa.

LUCIA. ¡Ah!

PABLO. Ahora te toca a ti.

LUCIA. (*Impresionado.*) ¿A mí? ¿Qué?

PABLO. ¿Acaso no eres mi mejor amigo? ¿No eres también un famoso criminalista? Tengo decidido ir mañana a Como a entregarme a la policía. Tú serás mi defensor.

LUCIA. ¡Ah! Eso sí que no.

PABLO. ¿Cómo que no?

LUCIA. No sé la verdad. Comprendo que... no sabría apoyar la defensa.

PABLO. Ahora no. Ya lo estudiarás. Tú eres el más indicado. Llevas muchos años tratándome. Conoces mi genio, mis ideas, mi modo de pensar, tan diferente al de la generalidad de las gentes modernas en punto a honor. Tienes elocuencia, fama. Tú puedes

convencer al Jurado para que me absuelva. Mi suerte está en tus manos.

LUCIA. (*Con la cabeza entre las manos.*) Esto es demasiado ya. . (*Pausa.*) No puedo, no puedo.

PABLO. ¿Que no puedes? Eres mi mejor amigo; ¿se trata de salvarme y te niegas a ello? Dime el motivo.

LUCIA. ¡Salvarte! ¡Salvarte!... Es que no sé si lo conseguiría.

PABLO. ¿Cómo no? Si en estos casos el Jurado absuelve siempre. En tu concepto, ¿no tenía yo derecho para matar a mi mujer, a esa mala mujer?

LUCIA. Qué sé yo qué te diga.

PABLO. ¿Qué razones tienes para defenderla? Di. Habrá algún motivo. Habla. Explícate. (*Apremiante.*)

LUCIA. ¿Qué motivo voy a tener? Ninguno. Lo que se dice, ninguno. Ella, desde luego, era una mujer indigna..., sí. Acepto. Me encargo de tu defensa.

PABLO. ¡Ah! Ya sabía yo que no te negarías a defenderme. Mañana iremos juntos a Como. (*Le tiende la mano, y Luciano, distraído, no la ve.*) ¿Te niegas a estrechar la mano de un asesino?

LUCIA. (*Dándole la mano.*) Dispensa; ¿qué he de negarme? ¡Estoy acostumbrado!

PABLO. Hasta mañana.

LUCIA. (*Disponiéndose a marchar.*) Qué sereno estás.

PABLO. Sí... Cierto. Es que, después de una tragedia como la que aquí ha ocurrido, se queda uno insensible... (*Oyese dentro y a lo lejos la canción americana del principio, que se prolonga hasta el final del acto.*) Sí, sí; cantad, cantad, desgraciados, que ya veréis lo que es bueno. (*A Luciano.*) ¿Quieres salir por aquí? Llegarás antes. (*Abre la puerta de cristales, y entonces la canción se oye más intensamente; los dos se van por el foro.*)

SARA. (*Entra cautelosamente y dice después de una corta pausa.*) ¡Y todo por un miserable como ése! (*Da unos pasos; cierra la puerta de cristales. La canción se oye muy débilmente.*) ¡Sólo hace una hora que he muerto, y para él, ya soy una mujer indigna!

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de día. Por la terraza entra vivísima luz, y se ve a lo lejos, en el telón de fondo, una bella vista del lago de Como. Por todo el salón hay ramilletes y cestos de flores, y en cada uno de ellos una tarjeta. En la baranda de la terraza ondea una bandera nacional. El piano ha sido retirado o apartado.

Al levantarse el telón, ANDRES, JACOBO y TERESA se hallan en la terraza.

ANDR. ¡Allí viene, allí viene! Se arremolina la gente y tiran sombreros al aire.

TERE. Sí, se oyen gritos. Y una música. (*Comienza a oírse muy lejos una charanga, que se acerca tocando un aire alegre. Lejanamente también, se oyen vivas y aplausos.*)

ANDR. Viene con él la banda de la municipalidad.

TERE. Como que es una alegría para todos el que haya salido absuelto libremente.

ANDR. ¡Qué contento estará nuestro pobre amo al poder volver al fin a su casa al cabo de tanto tiempo!

TERE. Sí; pero, en cambio, la pobre señorita Sara... ¡Infeliz! ¡Que en paz descanse!

ANDR. Sí. que Dios la tenga en su gloria.

TERE. Ni una mala tumba ha podido tener la desdichada. Ahí sigue pudriéndose en el fondo del lago. ¡Qué horror!

ANDR. Después de todo, nada la hubiese ocurrido de haber cumplido con su deber.

TERE. ¡Ya salió! Todos los hombres sois iguales.

ANDR. Aquí viene, aquí viene. (*Se oyen ya muy cerca la música, los vivas y los aplausos, a los que unen los suyos Andrés, Teresa y Jacobo. Estos se precipitan en seguida hacia la escalinata, que se supone está a un lado de la terraza, y la escena queda sola un instante, al cabo del cual aparece Pablo por la izquierda seguido por los tres criados.*)

PABLO. (*Entra rápido y visiblemente enojado por las manifestaciones de entusiasmo.*) Mil gracias, hijos míos, mil gracias. Sois muy amables. (*Da la mano y abraza a los tres, que están muy conmovidos.*) También tengo que daros las gracias por vuestras declaraciones, tan favorables, en la Audiencia.

ANDR. No hicimos más que declarar la verdad, señorito.

TERE. Ni más ni menos.

PABLO. Bueno. bueno.

ANDR. (*Recogiendo el abrigo y el sombrero de Pablo.*) ¿Necesita usted tomar algo, señorito?

PABLO. Espere, espere un rato.

ANDR. Le tenemos preparado un almuerzo excelente.

TERE. Nos hemos esmerado de un modo extraordinario para preparar los platos que más le gustan.

PABLO. Ya he comido. (*Respirando profundamente.*) ¡Ah! (*Pausa.*) Pero, por Dios, basta ya. ¿Es que no van a acabarse nunca la música y los vivas? (*Saca la car-*

*tera y da dinero a Jacobo.)* Tenga usted, dé una buena gratificación a la banda; reparta dinero entre el pueblo para que se emborrache, pero que se retiren, que me dejen tranquilo. (*Jacobo váse por la terraza.*) Y ahora... (*Se fija en que el salón está convertido en una exposición de flores.)* Pero ¿y todo esto?

ANDR. Flores que se han recibido esta mañana para usted.

PABLO. (*Sorprendido.*) ¿Para mí? (*Después de observar detenidamente las flores, se acerca a diferentes cestos y lee las tarjetas.*) «Una desconocida, admiradora de usted.» «Al hombre de corazón que ama hasta el crimen.» (*Pablo da una vuelta por el salón meneando la cabeza con gesto de sorpresa. La música ha dejado de tocar, y los murmullos se alejan. Pablo ve la bandera.*) ¿Y esa bandera?

TERE. La hemos puesto nosotros en prueba de júbilo.

PABLO. ¡Ah! Vamos, fiesta nacional.

ANDR. Señorito, si usted me lo permite, le presentaré a mi esposa.

PABLO. ¿Quién; Teresa? ¿Te has casado con Teresa? (*Andrés y Teresa dicen que sí con la cabeza. Pablo se queda un tanto apurado.)* Muy bien, muy bien. Que sea enhorabuena.

ANDR. Muchas gracias.

TERE. Gracias, señorito.

PABLO. (*Para variar de conversación.*) ¿Y qué novedades hay? ¿Han venido cartas para mí?

ANDR. ¿Que si han venido cartas? ¡Oh! Va usted a verlo. (*Vase por la izquierda seguido de Teresa.*)

PABLO. Todavía no consigo convencerme de que estoy en mi casa. (*Mirando las flores.*) Pero ¡qué atrocidad! ¡Esto parece el camerino de una artista! (*Viendo a Teresa y Andrés que vuelven trayendo un gran cesto de cartas y telegramas.*) Pero ¿y eso?

ANDR. (*Colocando el cesto sobre una silla.*) Es el correo que ha llegado en estas últimas semanas.

PABLO. (*Asombrado.*) ¿Todo eso? ¿Todo eso es para mí? (*Andrés y Teresa se han ido. Pablo se acerca al cesto, coge algunas cartas y telegramas, y lee.*) «Tengo siete millones de francos, un alma apasionada y un pasado inmaculado. Envíeme su retrato y le enviaré el mío, si acepta mi mano para esposa. Miss Mary Harckinson». (*Tira el telegrama y abre otro.*) «También yo he matado. Maté a mi marido, celosa de su caña de pescar. Sólo con un hombre como usted podría ser feliz. Madame Durán». (*Abre otra carta.*) «Caballero: Nuestros destinos son idénticos. Yo he matado a mi esposo, que me hacía traición con una daga floren-

tina». La hacía traición con una daga... Señora, usted hace traición a la gramática. (*Pablo tira la carta y abre otra.*) «Caballero. Soy muy joven, casi una niña. Dicen que soy bonita. Venga usted en mi busca. Quiero morir en sus manos». ¡Qué asco! ¡Qué asco! (*Viendo a Andrés y Teresa que entran con otro cesto lleno de cartas.*) ¿Más aún? ¡No, no; basta! Llevaos toda esa porquería. Echarla al fuego, o mejor aun a la basura. (*Andrés y Teresa se llevan los cestos.*) Pero ¿es que realmente no hay nada serio en este mundo? Hasta el drama más angustioso se torna en ridículo. ¡Mamarrachos! ¡Bufones! Y por un mundo como éste yo..., ¡bah!

MARC. (*Desde la terraza.*) Pablo.

PABLO. ¡Hola! ¿Tú?

MARC. Dispensa, chico. Estaba muriéndome de ganas de darte un abrazo.

PABLO. Pues si no es más que por eso, abrázame. (*Se deja abrazar, un tanto aburrido*)

MARC. No sé expresarte mi alegría.

PABLO. Gracias, querido.

MARC. ¿Sabes que..., me parece..., que no estás todo lo satisfecho que debieras?

PABLO. ¿Por qué no he de estarlo?

MARC. (*Viendo las flores.*) Vaya un plebiscito de admiración, ¡eh! ¿Estarás orgulloso?

PABLO. Hasta cierto punto.

MARC. ¿Cómo es eso? Ante un homenaje tan elocuente de corazones nobles y apasionados...

PABLO. No digo que no. Pero, a pesar de todos esos homenajes, como tú los llamas, no me encuentro a gusto.

MARC. ¿Por qué motivo?

PABLO. ¡Qué sé yo!

MARC. Ya, ya comprendo. Es que no estabas preparado para todo esto. Es algo así como un huracán de pasión que te ha lanzado de pronto sobre un pedestal inesperado. Has llegado a ser un personaje eminentemente representativo. Los hombres, con la solemnidad de sus Tribunales, han legalizado tu conducta. Y las mujeres, por extraña psicología, como ciertos pueblos, te aclaman porque representas la tiranía. Ponte, pues, en paz con tu conciencia, así como lo estás con la justicia humana.

PABLO. (*Aburrido y distraído.*) Bueno, bueno. Procuraré seguir tus consejos.

MARC. También mi mujer va a venir de un momento a otro a darte la enhorabuena.

PABLO. (*Sorprendido.*) ¿Tu mujer? Pero ¿te has casado?

MARC. Ya lo creo. Creí que te lo había dicho Luciano.

PABLO. No me ha dicho nada. ¿Y quién es?...

MARC. Me he casado con Valentina.

PABLO. ¿Qué?

MARC. Sí, con Valentina.

PABLO. (*Cada vez más sorprendido.*) ¿Con Valentina?

MARC. Sí, hombre. ¿No te acuerdas de ella? Ya llevamos seis meses de matrimonio.

PABLO. (*Con ironía, tendiendo la mano.*) Que sea para bien, hijo mío. (*Gesto bufo.*) ¡Que sea para bien!

MARC. Mil gracias, querido Pablo. Realmente, aunque me esté mal el decirlo, habrá pocos matrimonios como nosotros.

PABLO. Así lo creo yo también. (*Muy subrayado.*)

MARC. Valentina es una muchacha de una pureza y de una ingenuidad encantadoras. Así como suena, chico. No hubiese yo podido encontrar una mujer semejante ni buscándola con candil.

PABLO. Es claro. Pero su...

MARC. ¿Su novio anterior? ¿Pedro?

PABLO. Sí.

MARC. Un danzante cualquiera. No sabía entender el genio de Valentina, y hubiese hecho de ella una pobre víctima.

PABLO. Exacto.

MARC. Rompieron sus relaciones, pero quedaron como buenos amigos.

PABLO. Muy bien, muy bien. No sabes cuánto me alegro. (*Por tercera o cuarta vez, le estrecha la mano.*)

MARC. Como no había amor, la amistad subsiste. (*Valentina entra por el foro acompañada de Pedro.*) Aquí llegan precisamente.

PABLO. (*Dando la mano a Valentina.*) Hola, Valentina. (*Marcos saluda a Pedro.*) ¿Qué tal?

VALEN. Bien, gracias. A usted no hay que preguntarle. Ya puede usted figurarse la alegría tan grande que tenemos todos.

PABLO. Es usted muy amable.

PEDRO. (*A Pablo.*) Hola, ex presidiario. (*Le da la mano riendo.*) Yo ya le había abrazado en la Audiencia. ¿Y todas estas flores? Me hacen el efecto de que estoy en el tocador de una artista.

PABLO. (*A Valentina.*) De manera que la encuentro a usted casada y con quien menos me podía imaginar.

VALEN. ¡Qué le hemos de hacer!

PABLO. ¿No es usted feliz?

VALEN. Mucho. Tengo todo lo que deseo y todo lo que me hace falta.

PABLO. Comprendo. (*Gesto muy amplio y muy cómico, aludiendo al marido y al adivinado amante.*)

VALEN. ¿Cómo?

PABLO. (*Con intención.*) Que ha conseguido usted reunir una pasión y una posición.

VALEN. Eso es. (*Por la terraza entra Eva.*)

EVA. (*Corriendo presurosa hacia Pablo.*) Pablo, querido Pablo; permítame usted que le dé un abrazo. Tan conmovida estoy, que ni acierto a expresarle a usted la alegría inmensa que alberga mi alma... Me parece que ha engordado usted mucho.

PABLO. (*Sonriendo.*) El descanso.

EVA. ¡Pobrecillo! ¡Tantos meses de inactividad!... ¡Ay! ¿Ha recibido usted mis flores?

PABLO. Sí; muchas gracias.

EVA. ¡Ya me contará usted todas las sensaciones que ha experimentado allá, seductor Otelo!

PABLO. Ya lo creo. Por más que pienso que con la misma curiosidad estarán muchas. Será mejor que escriba un libro. Podría titularse: *Impresiones de un marido asesino.* ¿No le parece a usted?

EVA. Qué gracia tiene usted, simpático Otelo. Yo, por mi parte, le pondré al tanto de todo lo ocurrido durante su ausencia. Ha habido bastantes bodas. Por lo pronto, Marcos con Valentina. (*Se vuelve a mirarlos y dice en voz queda:*) El pobre...

PABLO. ¡Chist! Por Dios. Esas cosas no se dicen...

EVA. Tiene usted razón. Luego, Luciano, el elocuente defensor de usted, con Marta.

PABLO. Eso ya lo sé. También Andrés, mi ayuda de cámara, se ha casado con Teresa, mi doncella. Por lo visto, ni los hombres ni las mujeres han escarmentado con mi ejemplo.

EVA. ¡Qué Otelo más encantador! ¡Ay!

JORGE. (*Entra por la terraza y avanza hacia Pablo.*) ¡Pablo de mi alma! Nada de gestos melodramáticos, ¿sabes? Esto, nada más que esto. (*Le aprieta la mano.*)

PABLO. Gracias, muchas gracias. (*Se aleja para coger un cigarrillo de un velador, y lo enciende.*)

EVA. (*Aparte, a Jorge.*) Nos veremos siquiera hoy. Van ya quince días que te excusas.

JORGE. Sí. Hoy a las cinco. Tengo que hablarte.

EVA. Habla en seguida. ¿Qué tienes que decirme?

JORGE. Esta tarde. Esta tarde.

PABLO. (*Acercándose de nuevo a Eva.*) ¿Conque decíamos?

EVA. Que estoy triste, Pablo; muy triste.

PABLO. (*Con ironía.*) Pues ánimo. Siempre tiene uno tiempo para volver a empezar en este mundo.

EVA. ¡Lo que es yo...! ¡Pobre de mí!

PABLO. Usted, como todas.

EVA. ¡Sí, sí! ¡Usted sí que puede hacerlo!

PABLO. ¿Yo? ¿Volver a empezar?

EVA. Hombre, no diré que con el matrimonio, pero lo que es con el amor... (*Suspira.*)

PABLO. ¡Ah, ya! Qué cosas se le ocurren a usted, Eva.

EVA. Yo, en cambio...

PABLO. También. A la inversa. (*Suspira remedándola.*) Ya que no con el amor, con el matrimonio.

EVA. (*Sorprendida.*) ¿Por qué me habla usted así? (*Suspira.*) ¡Volver a empezar con el amor dentro del matrimonio!... De haberme casado con un hombre como usted, no digo... Usted era el hombre que me hacía falta. Tiene todas las dotes que podían hacerme dichosa. Pero el Destino. .

PABLO. (*Bruscamente.*) El Destino quiso que yo me casase con una mujer como usted, y ya ha visto el resultado.

EVA. (*Zaherida y avergonzada, se aleja.*) ¡Qué brusco y qué grosero! (*Volviéndose a mirarle.*) Pero casi estoy por decir que es un encanto más.

LUIS. (*Entra seguido de Pedro, y se acerca a Pablo.*) Valor, amigo Pablo.

PABLO. ¡Hola! ¿Eres tú?

PEDRO. (*A Pablo.*) De un momento a otro va a venir el Alcalde, acompañado de una comisión del Ayuntamiento, para felicitarte oficialmente por tu absolución.

PABLO. ¿Que va a venir el Alcalde? ¿Pero se han vuelto locos todos en este pueblo? ¿No se dan cuenta de que esto va a rayar en lo absurdo, en lo grotesco, por no decir otra cosa peor? Basta, basta. No quiero recibir a nadie. Estoy ya harto.

LUIS. Valor, amigo Pablo.

PEDRO. Es que, además, esta noche serás obsequiado con un banquete. Asistirán todos los maridos del pueblo...

PABLO. (*Dando un brinco.*) ¿También un banquete? ¡Esto ya es el colmo! Mira, aconséjales que no lleguen ni a proponerme semejante cosa, porque voy a hacer un disparate. ¿Es que acaso me han tomado por un hazmerreir?

PEDRO. No, hombre. El Alcalde tiene preparado un brindis elocuentísimo. Esta mañana fué a mi casa pidiéndome que se lo dictase yo mismo.

PABLO. ¡Mira que un banquete!... Esto parece una broma.

PEDRO. Pero ¿es que piensas rehusar?

PABLO. ¡No faltaba más! Que coman y se emborrachen ellos solos.

PEDRO. (*Sonriendo.*) Siento que se queden inéditos los bellos pensamientos que se me habían ocurrido a propósito del honor.

LUIS. (*Sonriendo.*) Amigo mío, estos son los inconvenientes de la celebridad.

PABLO. ¿También tú? ¡Por Dios, dejadme en paz!

LUIS. No podría ser otra cosa.

PABLO. ¿Por qué?

LUIS. Porque de no ensalzarte no tendría más remedio que compadecerte.

PABLO. ¿Por qué motivo?

LUIS. Por el mismo motivo por que tú sientes la necesidad de enojarte para no compadecerte a ti mismo.

PABLO. Mira, haz el favor de no aburrirme también tú jugando tontamente con las palabras.

LUIS. No he venido a verte para aburrirte, ni mucho menos, sino para aconsejarte que tengas valor.

PABLO. ¿Valor?

LUIS. Claro. A fe que te ha de hacer falta.

PABLO. ¿Para qué me ha de hacer falta ya?

LUIS. ¿Que para qué? Aunque no sea más que para soportar todo esto... Las libres absoluciones de los Tribunales de justicia tienen a veces un inconveniente grandísimo. Esto es, entregan al supuesto culpable para que la opinión haga justicia con él en la forma que le cuadre mejor. A ti, por ejemplo, te van a ejecutar a fuerza de golpes de entusiasmo.

PABLO. ¿Y qué podía haber hecho?

LUIS. Sencillamente, haberte marchado de aquí sin perder tiempo... Aunque me hago cargo de que eso no hubieras podido hacerlo tú.

PABLO. ¿Que no hubiera podido hacerlo? ¿Por qué?

LUIS. Porque sentías en el fondo la imprescindible necesidad de volver a este pueblo para que te viesen los diez o doce amigos tuyos que sabían lo ocurrido, y por los que has matado a tu mujer. Por temor a que no supiesen guardarte el secreto de aquel maldito suceso, que estuviste obligado a comprobar por ti mismo, obraste como obraste, y hoy obras como obras.

PABLO. Lo que hice fué justo.

LUIS. Sí, ¿eh? ¡Ay, mísera humanidad!

PABLO. Así como suena, justo.

LUIS. Bueno, de todos modos, no tienes que cansarte en repetirlo ya; con lo que ha dicho el defensor, los magistrados, los jurados, la muchedumbre... ¿O es que sientes la necesidad de seguir diciéndolo para convencerte a ti mismo?

PABLO. ¿Yo? ¿De qué?

LUIS. De que has obrado en justicia.

PABLO. Vaya, vaya. Más vale que hablemos de otra cosa. En este terreno, tú y yo no podemos estar de acuerdo.

LUIS. Ah, ¡quién sabe!

PABLO. (*Con sorna.*) No, no.

LUIS. Oye, dime la verdad. De haber estado aquella noche aquí solo, en tu casa, y de haber tenido la certidumbre más completa de que nadie podía llegar nunca a saber nada, ¿la hubieras matado?

PABLO. ¡Y tanto! ¿Lo dudas?

LUIS. ¿No he de dudarlo?

PABLO. ¿Y por qué? ¿Te has olvidado ya de los principios que siempre sustenté en esta materia?

LUIS. Los recuerdo perfectamente. Tú eres quien se ha olvidado de sí mismo, y a sí mismo se ha engañado por sus principios.

PABLO. ¿Quieres decir con esto que no soy sincero?

LUIS. Tanto como eso, no. Obras de buéna fe, pero equivocado.

PABLO. Me concedes muy poco.

LUIS. Entonces no tienes sino motivos para recibir con agrado estas flores, la música, las banderas, los discursos, la celebridad y el triunfo, en fin. De fijo que el día de hoy es para ti el más grande de tu vida, en cuyo caso disfruta en paz y alegría esta apoteosis. Es más, ¿quieres un consejo? No dejes de ir al banquete de esta noche. Tu presencia en él resultará perfectamente lógica.

PABLO. ¡Ea, basta ya!

LUIS. ¿Lo estás viendo?

PABLO. ¿Se puede saber a qué conclusión quieres llegar y qué es lo que te propones demostrarme con tus palabras?

LUIS. Nada en absoluto. En la vida no hay nada que demostrar, pues todo es evidente.

PABLO. ¡Por ejemplo!...

LUIS. ¡Que eres un hombre débil!

PABLO. ¿Yo? ¿Después de lo que he hecho?... ¿De manera que tú quizás?...

LUIS. No te ocupes de mí ahora. Tal vez llegue el día que me comprendas también. Lo que quería decirte es que te falta el valor cívico que se necesita para prescindir del miedo que inspira a todo el mundo el parecer ridículo. Y lo más curioso del caso es que generalmente no hay nadie que resulte más ridículo que el que teme parecerlo. Déjate de sostener unas teorías tan equivocadas y créeme a mí. No siempre los maridos que perdonan hacen un papel ridículo.

Lejos de ser así, puede parecer ridículo, en cambio, un marido que mata. Esto puedes comprenderlo tú mismo. Por otra parte, ten presente que ahora, puede decirse, es cuando empezarás realmente a matar a tu mujer. Y por lo pronto tienes que comenzar a matarla en ti mismo, en tu propia alma. Lo que has hecho no es nada comparado con lo que todavía te queda por hacer. Cabe afirmar que tu crimen no ha sido si no el punto de partida.

PABLO. Me hace daño oirte hablar de este modo.

LUIS. Tienes razón. Perdóname. (*Se va hacia la terraza.*)

PABLO. (*Turbado, después de un silencio doloroso.*) ¿Qué estará haciendo ella ahora tan lejos?

LUIS. (*A Luciano y Marta, que se presentan en la terraza.*) Aquí tienen ustedes al hombre del día. (*Luciano y Marta saludan a los amigos que se hallan reunidos en la terraza. Pablo se vuelve, los ve y hace un gesto de contrariedad. Luciano y Marta se adelantan hacia Pablo. Marta se muestra muy efusiva, excesivamente efusiva con Pablo.*)

LUCIA. ¿Qué tal va? ¿Estás más tranquilo hoy?

PABLO. ¿Por qué motivo había de estarlo más que ayer?

MARTA. (*Que ha estado mirando las flores.*) ¡Qué flores más bonitas y cuántas! Una porfía de admiración y afecto. (*Después de dar una vuelta por el* hall, *se une a los que están en la terraza.*)

PABLO. (*Viendo que Luciano lleva un periódico en la mano.*) Por lo visto, tú también has comprado el extraordinario.

LUCIA. ¡Pchs!

PABLO. (*Irónico.*) Es claro; seguramente publicará íntegra tu soberbia defensa.

LUCIA. Sí; pero no lo he comprado por eso.

PABLO. Puedes estar orgulloso. Has llegado a la cumbre del foro. A mí me lo debes.

LUCIA. No hables de eso, haz el favor. Ya sabes todo lo que ha pasado a causa de este dichoso proceso. Y de que en un principio me negué en absoluto a encargarme... De no haber sido por la amistad fraternal que nos unía... Así y todo, no creas que estoy satisfecho.

PABLO. Ni yo.

LUCIA. (*Sorprendido.*) ¿Que tú tampoco?

PABLO. Por lo mismo, te ruego que me envíes cuanto antes la nota de tus honorarios. Quiero que liquidemos cuentas en seguida.

LUCIA. ¿Qué, quieres pagarme? ¡Ah! Eso sí que no.

PABLO. ¿Por qué no? ¿Por qué motivo?

LUCIA. Sencillamente, porque me repugna cobrarte. Me repugna tomar dinero de un amigo.

PABLO. Pues a mí me repugna tener que estarte agradecido porque me hayan absuelto libremente merced a los medios que para ello has empleado tú.

LUCIA. ¿Qué medios?

PABLO. La difamación en plena Audiencia... de aquella desventurada mujer.

LUCIA. Nada de difamar. He dicho la verdad sin añadir un punto.

PABLO. (*Dando un brinco.*) ¿El qué?

LUCIA. Claro está que la he dicho en la forma en que debe decirla un abogado defensor ante los jurados para alcanzar el efecto que se propone. Exigencias de la oratoria.

PABLO. Pero ¿qué oratoria ni qué tonterías? Debías haberte ceñido a la tesis del derecho, y nada más.

LUCIA. Teniendo mucho derecho, se ha condenado a millares de inocentes. Con el jurado, la mejor tesis es el sentimiento.

PABLO. Nada, nada. Argumentos jurídicos, y hubiese bastado. (*Bastante exaltado.*)

LUCIA. Pues te hubieses divèrtido. A estas horas estarías en presidio.

PABLO. ¡Qué me iban a haber mandado a presidio! Tú debías haberte limitado a patentizar que, al matar yo, no hacía sino ejercer mi perfectísimo derecho.

LUCIA. Mira, mira, yo tenía el deber de sacarte absuelto. Por un medio o por otro; pero sacarte absuelto

PABLO. No, señor. Tú tenías el deber de no causarme un mal mayor. Por eso había elegido yo a un amigo como defensor... En cambio, de lo único que te has preocupado ha sido de alcanzar un éxito oratorio.

MARTA. (*Entrando desde la terraza.*) Bueno; ¿se puede saber qué les pasa? ¿Están disputando? Me hacen ustedes el efecto de dos bandoleros, riñendo después de una fechoría. Dispense el símil, ¿eh?

PABLO. Lo dicho. Espero la nota de tus honorarios. (*Se va hacia la terraza.*)

MARTA. Es un cliente encantador. (*A Luciano.*) ¿Qué tienes? Te veo alterado.

LUCIA. ¿Creerás que ha tenido el valor de decirme que está enojado por mi defensa?

MARTA. (*Con ironía.*) ¡Qué atrocidad! Pero ¿no le has salvado? Me parece que ya has satisfecho tu deuda.

LUCIA. (*Con sobresalto.*) ¿Qué deuda?

MARTA. La de la amistad.

LUCIA. Pues a él, en cambio, le parece que no me he portado como debía portarse un amigo.

MARTA. Me choca. Difícilmente hubiese encontrado un amigo mejor que tú.

LUCIA. ¡Y quiere pagarme!...

MARTA. Me parece muy bien.

LUCIA. Pues a mí no.

MARTA. (*Sonriendo irónicamente.*) No he visto hombre más mirado que tú ni más escrupuloso. Cualquiera diría que lo que deseas, en cambio, es que ahora sea él quien te absuelva libremente a ti.

LUCIA. (*Mirándola fríamente.*) ¿Dices eso por mí acaso?

MARTA. Hombre, no he sido yo quien le ha defendido; por consiguiente, no cabe suponer que sea yo la que ha incurrido en su desagrado. Antes bien, quizás ocurra lo contrario.

LUCIA. Ya, ya. Justamente me parece que estás haciendo todo lo posible por agradarle. Había para pensar si querrás conseguir que te perdone por alguna cosa.

MARTA. ¿Como no sea porque me he casado contigo?... (*Siguen mirándose fijamente durante unos intantes. Luego Marta rompe a reír desaforadamente mientras Luciano, por su parte, hace un gesto de cólera y se aleja.*)

PABLO. (*Volviendo a penetrar en el salón.*) Me gustaría saber qué demonio está haciendo toda la gente aquella parada delante de la verja. Me hace el efecto de la muchedumbre agolpada a la puerta de un teatro esperando el momento de entrar.

MARTA. Por lo visto ansía ver a un gran actor trágico que acaba de volver tras una larga ausencia.

PABLO. ¡Por Dios, Marta!...

MARTA. Y realmente, mi marido ha hablado de usted ante el auditorio con una frase tan cálida y arrebatadora...

PABLO. ¡Su marido, su marido!...

MARTA. ¿Qué tiene usted qué decir de él? Vamos a ver. ¿No es acaso su mejor amigo?

PABLO. ¡Eso sí que no!

MARTA. ¿Que no? Me sorprende muchísimo.

PABLO. Perdone si la he dicho una cosa desagradable.

MARTA. Desagradable. De ningún modo. Si he de serle franca, no tengo ningún empeño en que sea usted amigo de mi marido.

PABLO. (*Burlón.*) Ya, ya ¿Tiene usted miedo de que se le eche a perder, de que le inspire mis principios?

MARTA. Ni por pienso. El día que me ocurriese algo de aquello a que quiere usted aludir, me quedaría tan tranquila..., porque tengo la seguridad de que allí estaría usted para defenderme y no con la palabra...

PABLO. ¿Yo?

MARTA. Sí; porque de representarse ese drama, sólo usted podría ser el primer actor.

PABLO. (*Tras un corto silencio.*) ¡Ah, ya!

MARTA. Por lo mismo, prefiero que no sea usted amigo suyo. Ya ve que mis principios no podrían ser más morales.

PABLO. ¡Y tanto!

MARTA. ¿Y usted? ¿Cómo ha pasado usted todo este tiempo? ¿Qué hacía en aquella soledad forzosa? Porque me figuro que estaría usted siempre solo.

PABLO. De vez en cuando recibía en mi celda la visita de su esposo, y en el locutorio la de algunos amigos.

MARTA. Poco consuelo Quién sabe qué sinfín de deseos habrá usted ido concibiendo dentro de su encierro. Y ahora, al recobrar la libertad, tendrá usted unas ansias de sol, de vida, de ejercicio...

PABLO. Con las prisas que tenía por salir, todos los deseos que concebí en la prisión, allí me los dejé olvidados.

MARTA. ¿Todos? (*Se le ha acercado, muy seductora.*)

PABLO. (*La mira con ironía y curiosidad. Luego toca un timbre y se vuelve de nuevo para mirarla, y por fin se va hacia la puerta de la terràza.*) Perdonadme, hijos míos, si os dejo un momento.

MARTA. Con nosotros no hay cumplidos; y si estorbamos, nos marchamos.

PABLO. Nada de eso; al contrario. (*A Andrés, que ha entrado por la izquierda.*) ¿Está arreglado mi cuarto?

ANDR. Sí, señorito. (*Pablo se dirige hacia la derecha.*) ¿Quiere el señorito que le ayude?

PABLO. No; muchas gracias.

ANDR. (*Acercándose, y en voz baja le dice aparte.*) Si va usted al cuarto de la señorita, verá que hay unas flores. Teresa no ha dejado de ponerlas ni un solo día, y yo no me he atrevido a impedírselo por tratarse de una intención tan buena. De todos modos, si al señorito le molestara...

PABLO. (*Que ha escuchado un tanto turbado, le da una palmadita en el hombro.*) De ningún modo. (*Sigue andando unos pasos; luego se para ante la puerta y, por último, hace mutis. El grupo de amigos que está en la terraza entra en el* hall *y mira a Pablo sin decir palabra. En el grupo están Valentina y Pedro. Andrés sale tras de Pablo.*)

VALEN. (*Se acerca un poco a Pedro y le dice en voz baja.*) ¿Se puede saber cuándo vas a devolverme esas dichosas cartas?

PEDRO. Cuando vayas tú misma a recogerlas.
VALEN. ¿Yo? ¡Estás loco!
PEDRO Mañana, a las cuatro, te espero.
VALEN. ¿De modo que ahora salimos con un *chantage?*
PEDRO. Nada de eso. Di más bien un favor.
VALEN. ¡Estúpido!... A ver si me das las cartas cuanto antes.
PEDRO. Mañana, a las cuatro de la tarde, te espero en mi casa. (*Sonríe y se aleja. Valentina hace un gesto de cólera. Fuera se oye ruido de voces que se acercan. Los personajes van hacia la terraza, miran con curiosidad y hacen gestos de sorpresa.*)
LUIS. Algo ha ocurrido, de fijo.
MARTA. No cabe duda. Vamos a ver. (*Se van todos hacia la baranda de la terraza, y de pronto desaparecen precipitadamente por la izquierda. Las voces se perciben más distintamente, y una dice con claridad*: «Es ella, es ella; pasen por aquí». (*Las voces se alejan.*)
ANDR. (*Un instante después entra corriendo de la terraza. Parece muy conmovido.*) ¡Señorito! ¡Señorito! (*Vase por la derecha.*)
PABLO. (*Saliendo con él.*) ¿Qué ocurre?
ANDR. (*Perplejo y sin poder dominar su emoción.*) ¡Señorito!...
PABLO. Bueno, ¿qué pasa? (*Se oyen voces hacia la izquierda.*) ¿Quién hay ahí?
ANDR. ¡Ah!... ¡Está!...
PABLO. Vamos, habla de una vez...
ANDR. Hace un rato.., en el lago..., dos boteros..., al pasar por aquí debajo, delante de la casa, tropezaron con los remos en un bulto, y entonces...
PABLO. ¿Entonces, qué?
ANDR. Era un cadáver.
PABLO. ¡Ah!
ANDR. El cadáver de una mujer.
PABLO. Bueno.
ANDR. De una mujer.
PABLO. Ya, ya te he oído.
ANDR. El cadáver de la señorita.
PABLO. (*Después de la primera sorpresa, enojado e incrédulo.*) ¡Vamos, hombre!
ANDR. Le digo a usted que es la señorita. La hemos reconocido.
PABLO. (*Sumamente sorprendido.*) ¿Que la habéis?...
ANDR. Es ella, es ella. No le quepa a usted duda. ¡Pero en qué estado, cielos! Completamente destrozada y desconocida.
PABLO. Pero ¿os habéis vuelto locos?
ANDR. Doy al señorito mi palabra de que es ella. Todos la

hemos reconocido en cuanto la hemos visto. Y usted también en cuanto la vea.

PABLO. No quiero ver nada.

ANDR. ¿Que no quiere usted?

PABLO. ¡No! ¿Te has figurado que voy a hacer caso de las fantasías de las gentes?

ANDR. Le aseguro a usted que es ella, que es la señorita...

PABLO. Eso es absurdo, inverosímil.

ANDR. No veo la razón. La han recogido en el mismo punto donde cayó.

PABLO. (*Retorciéndose las manos.*) ¡Ah, esto es ya demasiado!...

ANDR. Entonces quedaría aprisionada por el cieno, y por eso fueron infructuosos los reconocimientos. Ahora, al perder peso el cadáver... Venga usted, venga usted conmigo, señorito. Allá dentro está.

PABLO. ¿Dónde?

ANDR. Allá dentro.

PABLO. Pero ¿acaso es esto un depósito de cadáveres? Si van a traerme a todos los que sacan del lago, nos divertiremos.

ANDR. ¡Pobre señorita! La hemos traído aquí, porque, al fin y al cabo, era su casa. ¿Quería usted que la hubiésemos abandonado a orillas del lago?

PABLO. (*A Marcos, que acaba de entrar por la izquierda.*) ¿De modo que?...

MARC. ¿Sabes ya?...

PABLO. Lo que sé es que todos estáis alucinados.

ANDR. (*A Marcos.*) No quiere convencerse de que es realmente la señorita.

MARC. ¿No? ¿Pues quién crees que es entonces? No cabe duda de que se trata de un cuerpo que ha estado sumergido en el agua durante mucho tiempo. Por lo visto, sus ropas, ya completamente podridas, quedaron aprisionadas en alguna roca. Pero es ella; no cabe duda ninguna. Todos los que la han visto lo afirmaron terminantemente.

PABLO. ¡Qué atrocidad! (*Va a reír, y termina haciendo una mueca. Por la izquierda entran Pedro, Eva y Valentina. Las mujeres muestran huellas de haber llorado.*)

MARC. (*A Pablo.*) Haz el favor de acompañarme a esta habitación de aquí al lado. Es muy penoso para ti, ya me hago cargo, pero es preciso que la veas y la reconozcas. Luego déjame a mí. Yo me encargaré de que se proceda sin demora a las comprobaciones que manda la ley. Tú no tendrás que ocuparte de nada; pero, por el momento, es preciso que la veas y la reconozcas.

PABLO. (*Con penosa ironía.*) ¡Es preciso que la reconozca! ¡Lo manda la ley! (*Expresión fisonómica.*) ¡Vamos! (*Pone una cara muy compungida. Toma, al pasar, un par de cestos de flores, y se los lleva al hacer mutis con Marcos, por la izquierda.*)

VALEN. ¡Qué cosa más horrible, Dios mío!

EVA. ¡Pobre Sara!

PEDRO. Pero ¿están ustedes seguros de que es su cadáver?

EVA. ¿Quién lo duda? Yo le he reconocido en el acto.

PEDRO. ¿Por qué indicio?

EVA. Por todos.

PEDRO. Entonces...

VALEN. No pueden ustedes imaginarse lo impresionable que es Luciano. Al ver el cadáver, estuvo a punto de desmayarse.

PEDRO. Sí; tiene los nervios muy débiles el infeliz.

MARTA. (*Entra por la izquierda.*) ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible! Yo no puedo seguir aquí ni un momento más. Es preciso que me vaya, que me aleje... No puedo resistir. Adiós, adiós. (*Vase por la terraza.*)

VALEN. ¡Qué emoción tan tremenda sufrirá Pablo al ver el cadáver de su mujer!

EVA. La verdad que ha sido una verdadera crueldad llevarle a la fuerza a esa habitación.

VALEN. ¡Cómo se avivarán sus remordimientos!

EVA. Aquí viene. ¡Jesús, parece que va a desfallecer!

VALEN. Me hace el efecto de que él es el cadáver. (*Pablo entra acompañado de Marcos; pero, lejos de estar abatido, su actitud es de aburrimiento y encojo. Sin embargo, cuando le miran, finge llorar.*)

MARC. ¿Convienes en ello? ¿Reconoces que no cabe duda de que es su cadáver?

PABLO. ¡Pchs! ¿Qué he de decirte?

MARC. ¿Es ella o no?

PABLO. (*Con amplio gesto de resignación.*) ¡Pues es ella!

MARC. Está bien... Ahora procura serenarte. Yo me encargo de todo lo demás. (*A Pedro.*) ¿Me acompañas? (*Vanse ambos por la izquierda.*)

EVA. Y nosotras nos encargamos de...

PABLO. (*Que pasea silencioso, la ruega con un gesto que se calle. Eva y Valentina se van por la izquierda, y Pablo, tras una larga pausa, durante la que no ha dejado de gesticular, dice:*) Es el engranaje, la cadena sin fin. ¿Adónde iré a parar, Dios mío? (*Se para ante la puerta de la terraza y mira hacia el fondo. La puerta de la derecha se abre lenta y cautelosamente, y aparece por ella una mujer que lleva la cabeza envuelta en*

*un velo muy tupido. Al cabo de un instante de perplejidad, la mujer entra. Va cubierta por amplia y ligera capa de un color gris pálido. Avanza despacito por el salón. Al cabo de un instante, Pablo se vuelve, se encuentra enfrente de ella, y exclama:*) ¿Quién es usted, señora? ¿Pregunta usted por mí? (*La mujer dice que sí con la cabeza.*) ¡Ah, ya! Comprendo. ¡Es usted alguna de las que me ha enviado flores o me ha escrito una de esas cartas que he encontrado al volver! Ha sido usted más audaz que las otras. (*La mujer se levanta lenta y dulcemente el velo. Es Sara. Pablo la reconoce y sufre gran emoción y sorpresa. Luego dice furioso.*) ¿Tú? ¿Usted? ¿Aquí en esta casa? ¿Con qué objeto? ¿Con qué motivo? ¿Acaso se ha olvidado usted de lo pactado? ¿Está usted loca? (*Mira en derredor muy intranquilo, temiendo que entre alguien.*)

SARA. (*Con lenta y dulce voz.*) Pierde cuidado... Nadie me ha visto. He pasado por la puerta excusada y he subido por la escalerilla de la azotea. Además, con este velo y esta capa...

PABLO. ¡Qué insensatez! (*Se precipita a cerrar con llave todas las puertas, y corre las cortinas de la terraza.*) ¿Para qué ha venido usted? ¿Puede saberse?

SARA. Para verte. ¿Ni siquiera me invitas a sentarme?... Soy madame Severine de Greze, que vive en Londres. . Ya ves si he hecho un viaje largo para tener el placer de verte unos instantes...

PABLO. Déjese usted de tonterías.

SARA. Hace unos días me trasladé a la frontera para seguir más de cerca la vista del proceso. Y cuando he tenido noticia de que te han absuelto libremente, me he puesto en camino para venir a verte.

PABLO. Pero ¿con qué objeto?

SARA. Acabo de decírtelo... Por otra parte, pensé que en un día tan fausto para ti como el de hoy tal vez no dejase de resultarte grato, entre todas las fiestas y manifestaciones de que eres objeto, tener también el perdón de tu víctima.

PABLO. Pero, desdichada, ¿no sabes, pues, que allá dentro, allí... está tu cadáver?

SARA. (*Sorprendida.*) ¿Mi...?

PABLO. Eso es.

SARA. ¿Mi cadáver? No entiendo.

PABLO. Hace un rato que unos pescadores han sacado del lago delante de nuestra quinta, de mi quinta, el cadáver de una mujer, que por las trazas se hallaba en el agua desde hace tiempo. Es una masa informe;

pero así y todo se ha reconocido en el acto que eres tú

SARA. ¿Yo?

PABLO. Te han cogido, te han traído a esta casa y ahora están ahí todos en derredor de tus despojos mortales tejiendo tu panegírico y llorando a lágrima viva. No sabes tú bien cuántas lágrimas, cuántos elogios y cuántas bendiciones estás provocando.

SARA. ¿Y tú?

PABLO. ¿Yo? ¿Qué podía hacer? Me han obligado punto menos que a la fuerza a que te reconozca.

SARA. ¡Ah, ya! (*Corta pausa.*)

PABLO. Y ahora ¿se puede saber qué propósitos tienes?

SARA. De modo ¿que he muerto realmente?

PABLO. Dentro de unas horas ya habrán terminado todas las formalidades que marca la ley, y te enterrarán.

SARA. ¡Muerta!... ¡Muerta también para ti, que me has reconocido!...

PABLO. Pero ¿qué te figurabas?

SARA. ¡Qué sé yo!

PABLO. Era absurdo suponer...

SARA. Me figuraba cuando menos que vivía todavía para ti... Tenía algún consuelo... ¡Qué sé yo!

PABLO. ¡Qué más da!

SARA. Me dió una alegría tan grande el veredicto favorable del Jurado...

PABLO. Lo comprendo.

SARA. Entonces, ¿tendré que marcharme de nuevo?

PABLO. Claro. (*Dice todo esto con muy poca firmeza. Sara vuelve a imperar sobre sus sentidos, y no ha dejado de imperar sobre su alma.*)

SARA. ¿Volver a Londres?

PABLO. Adonde se te antoje.

SARA. ¿Y a pasar sola toda mi vida?

PABLO. ¡Qué remedio! (*Procura ocultar su emoción, contener sus deseos.*)

SARA. ¿Sin volver a verte?

PABLO. Es preciso.

SARA. ¡Está bien! Volveré a ser madame Severine de Greze... por toda la vida... Adiós..., Pablo.

PABLO. ¡No! (*Turbado y luchando consigo mismo.*) ¿Ahora mismo? ¿Tan inmediatamente? No, mujer.

SARA. ¿Por qué no?

PABLO. ... No es prudente.

SARA. Descuida. Como he venido me marcharé. Este velo basta para ocultarme a las miradas indiscretas. Adiós, pues.

PABLO. (*Cogiéndole la mano.*) ¿Y si alguien te reconoce? Más vale que...

SARA. Pero ¿quién va a reconocerme? Yo estoy muerta hace mucho tiempo y mi cadáver ahí.

PABLO. Una razón más. ¡Figúrate lo que pasaría si alguien te reconociese!

SARA. Algo muy ridículo, ¿no?

PABLO. ¡Ya te he dicho que no quiero, ¡ea!

SARA. (*Dulcemente.*) ¿Que no quieres? Ten presente que no soy tu esposa, que soy madame Severine de Grezo.

PABLO. Quiero que esperes aquí hasta la noche.

SARA. ¿Y en dónde he de esperar?

PABLO. (*Cada vez más turbado y luchando consigo mismo.*) Allá dentro. (*Se oye de nuevo mover el tirador de la puerta de la izquierda, y las maderas de éste vibrar por tratar alguien de abrirlas.*) ¡Vete, vete, por Dios!

SARA. (*Con voz queda.*) Pues entonces... hasta luego. (*Vase por la derecha.*)

PABLO. (*Abriendo la puerta de la izquierda.*) ¿Qué pasa?

LUCIA. (*Entra sumamente pálido.*) ¡No puedo más! ¡No puedo más!

PABLO. ¿Qué te ocurre?

LUCIA. ¡Ah, ese cadáver!... (*Pablo hace un gesto de desesperación.*) Es algo horrible, Pablo... (*Corta pausa.*) Pablo, es preciso que yo te lo confiese todo. (*Se sienta apesadumbradísimo.*)

PABLO. ¿Todo? Pero ¿es que hay más todavía?

LUCIA. Es éste un tormento superior a mis fuerzas. Yo no puedo vivir en estas condiciones, con este secreto...

PABLO. Habla, hombre; ¿qué demonios te pasa?

LUCIA. Te lo voy a explicar. No puedo por menos. ¿Te acuerdas de aquella noche?

PABLO. ¿De qué noche?

LUCIA. De la de... ¡de!... Mira, yo he sido siempre muy buen amigo tuyo, un amigo sincero. El que más te quería entre todos tus amigos.

PABLO. ¡Ah, ya! Bueno, no hablemos más de eso, más vale.

LUCIA. ¿De qué hemos de hablar entonces?

PABLO. ¿No aludes a mi mal humor por la defensa?

LUCIA. No.

PABLO. ¡Ah!

LUCIA. Toda la amistad que me unía contigo no era bastante para defenderme contra mí mismo, contra mis sentidos, contra la innoble pasión que me hizo olvidar al amigo queridísimo. Mejor dicho, al amigo le seguí queriendo con toda mi alma, pero el amigo y el marido dejaron de ser para mí una misma persona.

PABLO. (*Profundamente sorprendido.*) Pero ¿qué es eso? ¿Qué estás diciendo?

LUCIA. Aquella noche era yo el que estaba en tu cuarto. Era yo el que estaba con ella.

PABLO. (*Dando un brinco.*) ¿Tú?

LUCIA. Yo... yo he sido quien ha causado su muerte.

PABLO. ¿Tú? (*A punto de acometerle.*)

LUCIA. Ahora, haz conmigo lo que quieras.

PABLO. ¡Ah, miserable!... ¡Miserable!

LUCIA. Sólo confesándotelo todo se atenuará un poco mi remordimiento.

PABLO. ¿Tú? ¿Robarme tú a mi esposa?... ¡El solo amor de mi vida!... ¡Mi honra!... ¡Mis ideas!... ¡Tú, el amigo!

LUCIA. Tienes razón. Mil veces tienes razón. Yo emplee las armas más arteras para seducirla...; ella era buena, te lo juro...; ella, en el fondo, era inocente... Sólo a mí debes inculpar...

PABLO. ¿Cómo puedo creer en tus palabras después de tanta falsía? ¡Bellaco! ¿Y has tenido el cinismo de encargarte de mi defensa? ¿Y has acusado a esa mujer? Has dicho de ella en la Audiencia y has publicado en todos los periódicos las cosas más abominables después de haber sido su amante, de haberla engañado sabe Dios con qué recursos. ¿Cómo es posible semejante bellaquería? ¡Eres un miserable! No, no puede ser que ella te haya amado. Sería un momento de locura. ¡Sabe Dios qué lazo le tendiste! ¡Eres un monstruo! ¡Me das asco!

LUCIA. (*Abatidísimo.*) Por Dios, basta.

PABLO. (*Ensañándose cada vez más.*) Y ahora, para que lo sepas. Tu mujer, admirando en mí al hombre valeroso, al hombre de honor, hace un rato, aquí se me ha ofrecido...

LUCIA. (*Tambaleándose.*) ¿Qué?...

PABLO. Ella se encargará de vengarme.

LUCIA. (*Intentando rebelarse.*) ¡Eso sí que no!

PABLO. ¡Sí!... ¡Cuán vil eres!... Ha venido a ofrecérseme, ¿oyes? A ofrecérseme; pero la he rechazado.

LUCIA. ¡Ah!...

PABLO. ¡Qué bastardía revelas!... Pero, ¡bah!... Yo estoy vengado ya... Moralmente, tu mujer ha sido mía... En cambio, por tu confesión, por la vista de tu alma desnuda, sé que Sara no fué tuya... Y ahora, vete... Me das asco... ¡Vete! (*Luciano vase lentamente por la terraza. Pablo cierra la puerta de cristales y corre los cortinones. Luego se dirige hacia la de la derecha y la abre bruscamente. Sara aparece tras ella.*)

Has oído, ¿verdad? (*Se abalanza hacia ella con cierta violencia.*)

SARA. (*Retrocediendo rápidamente.*) ¿Vas a matarme otra vez acaso?

PABLO. (*Se detiene anonadado.*) ¿Otra vez?

SARA. No te olvides de que estoy de cuerpo presente en aquella habitación, y si una vez te absolvieron por matar a tu esposa, no te absolverían ahora por matar a madame Severine de Greze.

PABLO. (*Se retuerce las manos furiosamente.*) ¡Ya, ya! Estoy cogido en mis mismas redes.

SARA. Bien estás viendo que el hombre con quien te engañé no valía semejante engaño.

PABLO. No intentes justificarte. ¿Qué importa si para todo el mundo estoy deshonrado y ese infame ensanchó mi deshonra ante los jueces, ante el jurado y ante la muchedumbre? ¡Oh Dios mío! ¿Por qué no te estrangularía yo realmente aquella noche?

SARA. Piensa en los remordimientos que tendrías ahora.

PABLO. Todo remordimiento me parecería preferible a lo que estoy sufriendo.

SARA. No te duela sufrir así, Pablo, ya que tu sufrimiento es debido a mi presencia. De haberme matado entonces, ¡cuánto más atroz sería ahora tu tortura! (*Sara, hasta el final del acto, habla siempre en un tono de chanza afectuosa, pero en sus palabras de amor revela que su pasión es vehemente, sincera.*)

PABLO. Hubiera sido mi liberación.

SARA. ¿Qué había de haber sido tu liberación... si me amas?

PABLO. ¿Amarte yo? (*Ríe.*)

SARA. Te digo que me amas.

PABLO. Te equivocas. Te odio; así como suena, te odio. (*Sin convicción ni ningún acento dramático.*)

SARA. Y yo te repito que me amas.

PABLO. Vete, vete.

SARA. ¡Pero si tú mismo eres quien no quiere que me vaya!

PABLO. ¿Qué no quiero? Cuanto antes.

SARA. Hace un rato me has impedido marchar.

PABLO. Porque quiero evitar un escándalo.

SARA. No ha sido por eso, sino porque me amas. Porque quieres verme otra vez a tu lado. Porque me deseas.

PABLO. Eso no es verdad. ¿Quién te ha dicho tamaña mentira?

SARA. No hacía falta que me dijese nadie... Sé que seguiré aquí a tu lado como antes.

PABLO. ¡Qué equivocada estás! Oye bien. Me importa poco el escándalo. ¿Que hago un papel ridículo? ¡Mejor!

Todo lo prefiero a que sigas en esta casa. Vete, pues, en el acto. En seguida. Si alguien te conoce, me alegraré. Pero tú aquí no sigues ni un momento más.

SARA. (*Con cómico desaliento y muy poseída de la situación.*) Muy bien; no hay que hablar más. Me voy. Adiós. Ahí te quedas. (*Le mira con seductora picardía.*)

PABLO. En seguida.

SARA. Sí, sí. Me voy; ¿no te he dicho que me voy? (*Con mucha coquetería.*) Pero...

PABLO. (*Esforzándose por parecer implacable.*) No quiero oir más. No te escucho siquiera.

SARA. Sí, pero... (*Con acento de sinceridad.*) Pablo, hazte cargo, tan sola, sin ti. ¿Cómo he de poder vivir? No, no. No podría (*Recobrando el acento cómico, aunque esta vez evidentemente forzado.*) ¡Recobrarías la libertad que ansías!... ¡Y más pronto de lo que tú te figuras! (*Pablo se vuelve para mirarla y Sara dice con acento cómicamente trágico.*) Mira, Pablo, prefiero matarme. ¡Me voy a suicidar!

PABLO. (*Con el acento de un chiquillo que no cree una cosa que le dicen pero que finge asustarse por ella.*) No. (*Pausa. El rostro de Sara se torna sinceramente risueño.*)

SARA. (*En voz baja.*) ¡Pablo!...

PABLO. (*Intenta simular de nuevo sus propósitos implacables.*) No, no quiero que te marches ahora. Espera hasta la noche como habíamos quedado... Eso es lo que yo quería decirte, y nada más.

SARA. (*Con sincera lástima.*) ¡Ay, pobre Pablo!

PABLO. (*Con un hilo de voz.*) ¡Por Dios, déjame! Hazme ese favor.

SARA. Te esperaré. (*Alejándose lentamente, meneando la cabeza y sonriendo. Al llegar delante de la puerta de la derecha se vuelve, mira a Pablo fijamente, sonríe con un mohín encantador y vase. Pablo solo permanece unos instantes como dudando y en una actitud que revela la lucha que se ha entablado entre su cerebro y su corazón y sus sentidos. Pausa larga. Luego se desploma en una butaca cogiéndose la cabeza con las manos. Solloza. Por último se levanta de golpe como vencido por el amor y los sentidos, y va a dirigirse, presuroso, hacia la derecha. En este punto aparecen en la puerta los criados llevando grandísimos brazados de flores y candelabros con velas encendidas.*)

ANDR. Son flores, flores para ella.

TERE. Le gustaban tanto a la infeliz...

ANDR. Hemos arrasado el jardín, y hemos deshecho varios ramos de los que le enviaron al señorito. (*Pasan solemnes Pablo se detiene de golpe. Los mira como enajenado; déjase caer en una butaca, y rompe en una carcajada que tiene mucho de sollozo.*)

TELÓN RÁPIDO

# ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. La puerta de la terraza está abierta, y en el jardín luce un sol espléndido.

En escena se hallan LUIS, MARCOS, JORGE, PEDRO, EVA, VALENTINA y algunos CABALLEROS y DAMAS. Todos los hombres visten de negro, levita o chaquet; tienen las chisteras en las manos o sobre los muebles. En los primeros momentos hablan entre sí en voz baja, como es uso y costumbre en los duelos.

EVA. (*En voz un poco más alta.*) El entierro va a resultar verdaderamente soberbio. (*Algunos sisean para que hable más bajo.*

LUIS. (*En voz queda, indicando la puerta de la derecha.*) Que aquí está el pobre Pablo. (*La conversación se reanuda en voz queda. Las damas sacan de vez en cuando los pañuelos para secarse las lágrimas. Los caballeros tienen una actitud impecablemente severa. Pablo entra por la puerta de la derecha, que cierra luego con llave y se la guarda en el bolsillo. Lleva traje de color y su aspecto no denota la menor tristeza Todos le rodean con gran solemnidad, y, ridículamente fúnebres, le abrazan y le estrechan la mano. El corresponde a las saludos automáticamente sin decir palabra. Luego vase por la izquierda y se reanudan las conversaciones.*)

EVA. (*Aparte, a las mujeres.*) ¿Se han fijado ustedes en la cara tan triste que tiene el infeliz?

VALEN. El remordimiento. No puede ser más que el remordimiento.

LUIS. Pobrecillo. Es un hombre que está acabando. Que ha acabado ya.

PEDRO. En verdad que el trance es duro. Asistir al entierro de su propia víctima... No se habrá dado el caso muchas veces.

EVA. Tan atolondrado está, que no se le ha ocurrido ponerse un traje de luto.

VALEN. Habrá que advertírselo.

LUIS. Yo no sé si en rigor debe vestirse de luto.

EVA. (*A Valentina.*) ¿Cómo me sienta mi vestido? He tenido que encargarle de prisa y corriendo.

VALEN. A las mil maravillas. Yo, en cambio, voy hecha una facha. Este traje es del año pasado.

LUIS. Pablo debe sufrir mucho. Sé que ayer se encerró en su cuarto muy temprano y no ha salido hasta ahora mismo.

VALEN. Es que es verdaderamente horrible su situación. ¡Quien sabe lo que habrá pasado el pobre!

MARC. Convendría que procurásemos distraerle.

EVA. Sin embargo. Teresa, la doncella, que le sirvió anoche la comida en el gabinete inmediato a la alcoba, me ha contado que pidió manjares en abundancia, rogó que no le sirviera y le dejase solo; pero cuando volvió había comido por dos. Esta mañana, con el desayuno, ocurrió lo mismo, según dice la extrañada doncella.

MARC. Eso es nervioso. Muchas personas, en los trances más apurados, comen de un modo extraordinario. Recuerdo que una vez que condenamos en la Audiencia a reclusión perpetua a un empedernido criminal, después de oir la terrible sentencia se comió cuatro bistés del restaurante inmediato, y aun se quejó de que daban pocas patatas.

VALEN. ¿A que no aciertan ustedes a quién acabo de ver?

EVA. ¿A quién?

VALEN. ¿Se acuerdan ustedes de aquella parejita de americanos que vinieron a pasar el verano en el hotelito próximo y que paseaban de noche por el lago?

EVA. ¿De veras? ¿Han vuelto? ¡Qué simpáticos!

VALEN. Ha vuelto ella.

EVA. ¿Sola?

VALEN. No, con un caballero de cierta edad.

MARC. Será el marido. Ella habrá tenido el cinismo de traerle al mismo sitio en que le escarneció.

VALEN. No. No debe ser el marido, pues los he visto abrazarse muy tiernamente, y pasear amarteladísimos por el lago.

EVA. ¿Otro amante? Verdaderamente, los americanos toman a Italia como refugio de los amores clandestinos. Es vergonzoso.

VALEN. Al contrario. Esa mujer es acreedora a una condecoración del Fomento del Turismo.

PABLO. *(Entra por la izquierda. Todos se callan.)* Amigos míos, hagan ustedes el favor. Abajo, en el jardín, hay mucha gente. Yo no tengo gana de recibir. Discúlpenme con todos. Son amigos superficiales y gente del pueblo.

VALEN. ¿Al fin instalaron ustedes la capilla en la estufa?

PABLO. Sí. Por estar independiente del hotel y algo lejos.

VALEN. Voy a verla.

MARC. La instalación es tan severa como de buen gusto. (*Vanse todos por la terraza, menos Eva y Jorge, que bajan al proscenio. Luis se queda junto al barandal del foro. Con Marcos y las señoras se van también los visitantes que aparecieron al levantarse el telón, y que no han desplegado los labios para nada, observando la más estricta corrección. Pablo se dirige hacia la derecha, y vase por ella, cerrando la puerta con llave.*)

EVA. ¡Pobre Pablo!

JORGE. ¡Qué capricho de encerrarse continuamente!

LUIS. (*Desde la terraza*) Siguen llegando coronas y ramos de flores.

EVA. (*Cortando el paso a Jorge, que quiere marcharse.*) ¡Jorge!

JORGE. ¡Otra vez!

EVA. (*Suplicante.*) Hombre, por Dios. No pueden terminar las cosas así.

JORGE. (*Aburrido.*) Me parece que ayer sobraron las explicaciones.

EVA. Pues no quiero, no puedo consentir que termine todo de este modo.

JORGE. (*Sacudiendo los hombros.*) Y yo no quiero que continúe. De modo que tú verás. (*Bruscamente, se va por la izquierda. Eva hace un ademán de desesperación.*)

LUIS. (*Entrando por la derecha.*) ¿Qué te pasa, Eva?

EVA. Nada, querido; que estoy impresionada con esta ceremonia del entierro de la pobre Sara.

LUIS. ¿Qué le vamos a hacer? Al fin y al cabo ella ha dejado de sufrir. A quien hay que tener lástima ahora es a Pablo. Parece que se tenía impuesto a sí mismo este crimen horrible. Y realmente no puede por menos de resultar trágico verse obligado a reconocer que se ha engañado por completo, y asistir al derrumbamiento de sus sentimientos y de sus ideas. El infeliz mezcla ahora el dolor y el remordimiento con la desesperación por haber cometido un yerro tan grande.

EVA. Tal vez tengas razón... ¡para qué sirve matar!

LUIS. (*Mirándola irónicamente un instante.*) Eso es. Creo que en esto es en lo único en que coinciden tus opiniones con las mías.

EVA. Estás equivocado, Luis. Yo nunca he dejado de estar convencida de que un marido tiene perfectísimo derecho para matar a su mujer, si ésta le es infiel. Es más: ¡siempre me ha parecido no sólo justo, sino hasta grande y bello que la matase!.. ¡Ya ves tú!

LUIS. (*Con ironía.*) ¡Ah! ¿De manera que éste es un reproche para mí? Tienes razón. Así es, en efecto. He de-

fraudado tus deseos. Soy un mal marido. (*Sonríe sarcásticamente.*)

EVA. ¿Por qué motivo hablas así ahora?

LUIS. Cuando menos he sido un gran egoísta por haberme preocupado de agradarme a mí más que a ti. (*Vuelve a sonreír.*)

EVA. Evítame la pena de oirte hablar de este modo. ¿No ves que estoy sufriendo?

LUIS. ¿Por esto?

EVA. Haz el favor.

LUIS. ¿O bien por algún otro motivo que desconozco? De ser así realmente, es muy triste que me hables a mí de ello.

EVA. Es que mi pena, mi pesar soy yo misma.

LUIS. (*Sorprendido.*) ¿Qué?

EVA. Por eso te acabo de rogar que peses tus palabras... Ya que no me has matado, no mates en este momento la posibilidad de nuestra felicidad.

LUIS. A ver, a ver, explícate más claro.

EVA. ¿Dudas de haber comprendido el sentido exacto de mis palabras?... Pues si el hecho te alegra, tranquilízate, porque has acertado.

LUIS. (*Pone una mano en el hombro de Eva, con ademán lento, y dice después, conmovido.*) ¡Eva!

EVA. ¡Ah! Gracias con toda mi alma... Quiero explicarte.

LUIS. Nada de explicaciones. Si realmente eres sincera, más vale que no digas ni una palabra.

EVA. Es que no puedo callar.

LUIS. Que no hables te digo. Hazte cuenta de que desde hace mucho tiempo tú y yo nos habíamos citado aquí para hoy. Un apretón de manos y sigamos juntos nuestro camino.

EVA. Es que necesito que veas hasta el fondo de mi alma. (*Luis hace un gesto de consternación, y Eva sigue hablando con énfasis.*) Quiero contarte el suplicio de mi alma, constantemente torturada por el anhelo de buscar una dicha, una dicha que se hallaba muy lejos de mí... ¡Con cuántas amarguras he purgado las consecuencias de mis ilusiones locas y de mis errores!... ¡Si tú supieras!...

LUIS. Basta, basta ya.

EVA. Perdóname por tantas penas como te he causado. Pero yo, a mi vez, sufrí también mucho. El daño que te he hecho a ti, me lo he hecho a mí misma... Perdóname.

LUIS. (*Con tristeza.*) Tanquilízate, mujer. Cada uno vive como mejor puede. Si efectivamente hablas con sinceridad, tu pasado no cuenta para mí.

EVA. Perdón. ¿Me guardas rencor? Di la verdad.
VALEN. (*Desde dentro.*) Eva.
EVA. Voy.
LUIS. Ve, ve... También tú no eres sino un pobre ser desventurado.
EVA. (*Saca de su bolso de mano un espejito y una borla de polvos, y después de enjugarse las lágrimas se iguala el cutis con cierta coquetería.*) ¡Ay! Me siento con el alma menos pesada. Me hace el efecto de que hoy empiezo a vivir. ¿Conseguirás olvidar, Luis?
LUIS. Tú serás la que tengas que olvidar.
EVA. ¡Ay! Muchas gracias, muchas gracias. Te lo digo con todo mi corazón.
LUIS. Ve. Te están esperando. (*Eva se vuelve para mirarle desde la puerta y luego hace mutis. Luis, apoyándose en un mueble, mira unos instantes hacia el sitio por donde ha desaparecido su mujer, y después se muestra muy pensativo y preocupado.*)
PABLO. (*Que entra por la derecha.*) Hola, ¿qué estás haciendo aquí?
LUIS. (*Siguiendo sus pensamientos.*) ¡En fin! ¡Cualquiera sabe si habla con sinceridad o tan sólo de buena fe!
PABLO. ¿Quién?
LUIS. Eva, mi mujer... Acaba de hacerme una escena.
PABLO. Una de tantas, supongo yo...
LUIS. No. De haber sido una de tantas, no me verías tan preocupado. Se trata de una escena que nunca ha estado en nuestro programa de familia.
PABLO. Es decir...
LUIS. Que me ha hablado de arrepentimiento, de hartazgo, de decepciones..., de proyectos sentimentales para nuestra vida venidera. Esto ya es grave.
PABLO. ¡Ah!... ¿Si tendrás razón tú?
LUIS. ¡Cualquiera acierta la verdad!... Demasiado énfasis... Pero un tono sincero... Una consecuencia lógica... ¡Quién sabe! (*Vase por la izquierda.*)
PABLO. (*Mirándole salir.*) Eso es ¡Quién sabe!
SARA. (*Entreabre la puerta de la derecha, asoma la cabeza y llama con voz queda.*) ¡Pablo!
PABLO. (*Volviéndose, desconcertado.*) ¿Qué quieres?
SARA. ¿No hay nadie en la terraza?
PABLO. No; pero... (*Mirando temeroso en derredor.*)
SARA. (*Entra; lleva traje todo blanco muy vaporoso, muy elegante; es un traje de casa entre bata y túnica.*) ¿Volvemos a empezar, hombre?
PABLO. Hazte cargo de que puede entrar alguien de un momento a otro.
SARA. Y hazte cargo de que ya no puedo más. Llevo mu-

chas horas encerrada en esas habitaciones sin ver la luz. Tengo gana de dar vueltas libremente por mi... por «nuestra» casa. Hasta me hace el efecto de que se me va a olvidar cómo es, y eso que la tengo grabada en el alma.

PABLO. Pero ¿qué estás diciendo? Figúrate que alguien te ve. ¡No quiero ni pensarlo!

SARA. ¡Bah! A estas alturas ya...

PABLO. ¿Cómo a estas alturas? La situación sigue siendo la misma.

SARA. Pero el que varíe depende sólo de nosotros y, (*Con coquetería.*) ya la hemos variado.

PABLO. Pero no es lo mismo.

SARA. Eso era lo que más importancia tenía. ¿Acaso te interesa ni mucho ni poco lo que diga ni lo que haga esa gente? ¿Es que piensas seguir regulando tu vida, tus sentimientos y tu felicidad con arreglo a su opinión? ¿Qué les debes a ellos? A ver... Sólo lo que has padecido y si acaso la limosna de alguna palabra consoladora, más cortés que sincera.

PABLO. Puede que sea así. Pero ten presente que nuestra vida no consta sólo de lo que está en nosotros mismos.

SARA. Bien. Pero ha de constar esencialmente de nosotros, si es que realmente amamos la vida.

PABLO. Pero es preciso poder amarla.

SARA. (*Con gran dulzura.*) Pablo, escúchame. Tú y yo somos dos seres débiles, convalecientes de una pena muy grande. Acuérdate de que es menester olvidar y únicamente el amor puede llevar a cabo el milagro portentoso de que nuestro recuerdo se cicatrice. ¿Por qué te empeñas en lo contrario?

PABLO. No lo sé ni yo mismo. Parece que me siento como arrastrado por un remolino vertiginoso. Ya ves. Estás triunfando de mi voluntad, de todo mi ser, de mi vida.

SARA. Quien está triunfando de todo ello no soy yo, sino tu amor. Sólo a tu amor se debe que hayas logrado dominarte a ti mismo y prescindas por completo de los vaporosos fantasmas de los prejuicios sociales.

PABLO. Quizás te engañes.

SARA. Ten en cuenta, además, que el corazón de una mujer, de una mujer que ama, es algo así como un espejo de verdad, como una página del Evangelio. Por lo mismo, yo siento reflejarse en mi corazón todo el frenesí de tu amor. No, Pablo; no me engaño.

PABLO. Quizás te engañes. Quizás tu propio corazón no sea tan sincero como dices... ¡Ay! Si tú supieras qué tor-

mento tan atroz se ha desencadenado en todo mi ser desde la noche pasada. . He sentido despertar en mí los instintos más fieros, los sentimientos más primitivos... Hubiera querido destruirte, aniquilarte para siempre..., para siempre... Era la bestia que se agitaba enfurecida al ver que sus garras quedaban presas en una red tan sutil como indestructible.

SARA. Ya lo he comprendido al verte llorar como un niño.

PABLO. Sí. De humillación.

SARA. Y has dejado que yo enjugase tus lágrimas. Te has dormido escuchando mis palabras tenues o mis suspiros de ternura. Sin querer, has buscado en mí el remedio al daño que yo misma te hice. No cabe amar más, Pablo.

PABLO. No, no. No te amo. Procura comprenderme. Yo quería que fueses mía, nada más que mía. Enteramente mía.

SARA. ¡Ah! Sabes que sólo tuya fuí y seré... Pero si realmente mi pecado ha determinado en tu alma la necesidad de este amor tan absoluto, yo misma me absuelvo.

PABLO. ¿Qué?

SARA. Sí; porque antes ese amor dormitaba en el fondo de tu corazón. Tú mismo ignorabas quizás que tu amor era tan grande. Pero ahora que con tanta vehemencia me deseas y con tanto calor sientes los celos, es cuando me doy cuenta de que me amas realmente.

PABLO. Calla. ¿No comprendes que sufro un gran tormento?

SARA. La suprema belleza del amor no se siente sino cuando vemos destrozadas nuestras almas. Por mi parte, bien puedo jurar que nunca he amado a nadie más que a ti.

PABLO. Eso, eso es lo que yo quería saber. Pero ¡ay de mí! ¿De qué modo podré tener la seguridad absoluta de ello?

SARA. Viendo, sintiendo que ya soy tuya. Toda tuya. En la mujer que más ama, siempre queda un rincón del alma sin conquistar para su amante, y hoy tú te has adueñado de mí enteramente, plenamente. Hoy no hay en mí nada que no te pertenezca.

PABLO. Pero ¿cómo olvidar?...

SARA. ¿No he olvidado yo acaso? En mi alma ya no hay ni un recuerdo que no sea tuyo.

PABLO. ¿Será verdad? ¿Será verdad que toda tu alma y toda tú seas mía, completamente mía? (*La abraza con cierta vehemencia. Luego la mira con suma ternura.*

*Toda la escena ha de tener una entonación entre sentimental y amarga, sin llegar a tonos demasiado apasionados ni dramáticos.)*

SARA. Piensa en lo que estarías sufriendo de no tenerme ahora a tu lado. Piensa lo que sería de ti si yo hubiese muerto de veras. (*Pablo, con el gesto, la pide que se calle.*) Piensa en todo esto si quieres darte cuenta exacta de tu amor por mí. En cambio, y bendita sea la hora en que lo decimos, aquí estoy cerca de ti suplicándote, aguardando con ansiedad tu perdón definitivo, para que puedas quererme de nuevo, porque sin tu amor yo era un pobre ser perdido sin más destino que llorar y sufrir.

PABLO. (*Conmovido.*) Querer a alguien, significa sufrir por él, y yo he sufrido tanto, tantísimo por tu culpa...

SARA. Pablo...

PABLO. Tanto...

SARA. Perdóname, pues.

PABLO. No; ahora no pretendas mi perdón. Ahora pensemos en nuestro porvenir. Enjúgate esas lágrimas.

SARA. Nuestro porvenir... Tú dirás... Lo que tú quieras... Pero contigo...

PABLO. Sí, conmigo. (*Larga pausa.*) Ahora vuelve a tu cuarto, porque yo necesito bajar siquiera un momento.

SARA. Bien. (*Sara hace mutis por la derecha. El cruza la escena para salir por la izquierda.*)

LUCIA. (*Entra por la izquierda y se encuentra de manos a boca con Pablo.*) Me han dado recado de que no dejase de venir al entierro... Aquí me tienes... Sé hasta dónde obliga la amistad, y por eso he venido. (*Pablo le mira con frialdad sin contestarle, y se va por la izquierda; Luciano, sorprendido, da unos pasos para seguirle. Sara sale por la derecha. Va a decir «Pablo», pero al ver a Luciano la voz se ahoga en su garganta. Hace ademán como de querer marcharse, pero Luciano se vuelve y se encuentra frente a frente con ella. Luciano da un grito sordo, y es presa de un indescriptible terror que le impide hasta moverse. Intentando sustraerse a su angustia, hace unos gestos propios de un loco. Da unos pasos automáticamente y luego retrocede hasta que tropieza con un mueble, en el que se apoya quedando clavado en el suelo.*)

SARA. (*Que ha observado la sorpresa y el terror de Luciano, sonríe irónicamente, y luego, aprovechándose del excesivo pánico de él, se acerca a un veladorcito que hay a corta distancia. Luciano al verla moverse hace un gesto de pavor. Sara toma un periódico, lo desdobla y*

*lee con voz cavernosa, pero con tono irónico un trozo del discurso pronunciado por Luciano en la Audiencia. El terror de Luciano se acentúa más y más.)* ...«Pues bien, señores Jurados; aquella mujer que empleaba sus artes más sutiles para seguir disfrutando la confianza de su esposo, al mismo tiempo que llevaba su belleza lujuriosa a los horribles burdeles del pecado y del vicio, aquella mujer no merece ni que se la llore ni que se la perdone. Mujer insaciable, mujer sedienta de sensaciones morbosas, monstruo de perversidad, falta de todo pudor y de todo sentimiento moral..» *(Sara arrebuja el periódico convirtiéndolo en una bola, y se la arroja al rostro a Luciano.)* ¡¡Bufón!! *(Da una carcajada y vuelve la espalda a Luciano. Este, forzándose para dominar su terror, retrocede unos pasos, intenta huir por la izquierda, pero al ir a salir tropieza con Pablo que vuelve. Vacila un instante y por fin se va corriendo.)*

ABLO. *(Se vuelve enojado a mirarle, y luego dice a Sara con voz entrecortada.)* Ese hombre te ha visto...

ARA. Sí. Al volver yo aquí estaba él y me sorprendió.

ABLO. ¿Y les has hablado?

ARA. Sí. Ya ves, parece que se ha vuelto loco. Le he anonadado con sus propias palabras; con las de su elocuente discurso.

ABLO. ¿Y ahora qué va a pasar aquí?

IARC. *(Entra por la izquierda seguido de Luis y de Pedro. Al ver a Sara da un salto y queda un instante alelado. Luis y Pedro, por su parte, muestran también gran sorpresa.)* ¿Eh? Pero ¿qué es esto? ¿Estoy soñando o es más bien una broma pesada?

ABLO. *(Con la mayor calma e indiferencia.)* ¡Quién sabe!

IARC. ¿Está viva?

ABLO. ¡Quién sabe!

ARC. ¡Hay para enloquecer!

ABLO. ¡Quién sabe!

ARC. Pero el cadáver que se están llevando ahora, ¿de quién es?

ABLO. ¡Quién sabe!

ARC. *(A Sara.)* Y usted, usted, Sara...

RA. ¡Quién sabe!

EDRO. ¡Qué voz de ultratumba!

ARC. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! Pero ¿qué manera es esta de contestar? Haz el favor de explicarte más claro.

ABLO. ¿Explicarte el qué? ¡Para qué te sirven los ojos! ¿No lo estás viendo? *(Luis se ha sentado y no logra refrenar la risa.)*

MARC. ¿Tú crees acaso que tus contestaciones son satisfactorias? Pues te equivocas. Te costaba muy poco salir del apuro así, ¿verdad?

PABLO. Dispensa. ¿Quién eres tú para hablarme de este modo? ¿Qué tienes tú que ver en este asunto? Felicítate de que ella siga viviendo y de que yo no sea un criminal, y es bastante.

MARC. ¡Ah, no, querido!

SARA. (*Irónica.*) Muchas gracias.

MARC. Quiero decir que no es este el momento más indicado para salir con chistes y agudezas. (*A Pablo.*) ¿Te figuras que puede ser lícito y tolerable burlarse de las gentes hasta ese punto?

PABLO. Pero tampoco tendrás la pretensión de que para daros gusto a la gente y a ti la mate de veras.

MARC. Perfectamente. De modo que tu sigues echando el asunto por el lado de la broma, ¿eh?

PABLO. Vamos, hombre, que me estás cargando ya.

MARC. ¡Ah! ¿Sí?

PEDRO. (*Toca a Sara como para cerciorarse mejor de que está viva, y luego le dice con voz queda.*) Por mi parte, me alegro en el alma, señora. (*Estrecha la mano que ella le tiende.*) No cabe duda. Está viva. (*Sara se va lentamente por la derecha.*)

MARC. (*A Pablo.*) ¿Te forjas acaso la ilusión de que está permitido mofarse así de las leyes?

PABLO. ¡Oh! Os mofáis de ellas tan a menudo los magistrados, que alguna vez nos lo hemos de permitir nosotros.

MARC. Muy bien; pero te prevengo, hijo mío, que esta vez vas a presidio sin remedio.

PABLO. ¿Que voy a ir a...? ¡Tú deliras!

MARC. Ni mucho menos. Irás a presidio, así como suena. Según el artículo 211 del Código criminal italiano, todo el que denuncia ante las autoridades judiciales un crimen, que le conste que no ha sido cometido realmente, etc., etc., será castigado con la pena de reclusión hasta treinta meses. ¿Te enteras? ¡Hasta treinta meses! ¿Qué te parece?

PABLO. ¿Qué me va a parecer? ¡Una barbaridad! Digo que la he matado y se me absuelve libremente. Resulta que no la he matado y me echan a presidio. Esto no cabe en cabeza humana.

MARC. Pues reforma el artículo 211 que te acabo de citar.

PEDRO. Es que el infeliz no conoce las leyes. ¡Ay, querido!, no sabes tú muy bien lo que son las leyes a veces.

MARC. Pero es que hay más todavía. Ahora que reflexiono, veo que no es sólo ese delito.

PABLO. ¿Hay más?

MARC. Ya lo creo. Falsedad en un documento público. Falsa declaración consignada ante un magistrado, pues tú declaraste que tu mujer había muerto y ayer reconociste ese cadáver que se va a enterrar como el de tu difunta esposa. El caso está bien terminantemente definido en el artículo 279 del citado Código: «Todo el que atestigüe falsamente ante un funcionario público la identidad o el estado de su propia persona o de otra, será condenado a reclusión por un período de tiempo que puede variar entre tres meses y un año, y llegar hasta treinta meses en el caso de que se trate de un documento del Registro civil o de las autoridades judiciales.» ¿Te has enterado?

PABLO. ¡Esto es fantástico!

MARC. Treinta meses por el primer delito y treinta por el segundo, hacen sesenta. Y seguramente, a poco que se inquiera, hallaremos en el caso otras cosas punibles que te harán merecer una pena de cuatro o cinco años de prisión. Ahora sigue tomando la cosa a broma, si te parece oportuno.

PABLO. En verdad que estoy hasta la coronilla. Vete al infierno tú, las leyes y los Códigos. A mí me importa un bledo de todo y de todos.

MARC. No veo que pueda darte un bledo cuando se trata de un delito de acción pública, en cuyo caso ya sabes que la ley ordena la inmediata detención del supuesto culpable.

PABLO. Cosa que también me importa tres cominos.

PEDRO. Es un caso extraordinario.

MARC. Pero el cadáver ese que está ahí, en la estufa, ¿de quién es? Habrá que instruír un proceso. Habrá que proceder a la autopsia, pues no sabemos si se trata de un suicidio o de un crimen... Estoy sumido en un mar de confusiones.

PABLO. Pero, por de pronto, ¿qué piensas hacer? Veamos.

MARC. Mandar que suspendan el entierro y proceder.

PABLO. ¿Proceder a qué? ¿Estás loco? Deja que se lleven ese dichoso cadáver de mi casa, y una vez que esté en el cementerio hacéis lo que os venga en gana.

MARC. Es que yo tengo que obrar sin demora.

PABLO. ¿Tienes miedo de que se te escape un ruidoso proceso? Estáte tranquilo. Lo que haya de ocurrir, ocurrirá después; pero ahora nada de escándalos ni de nuevos ridículos. Por lo tanto, a callar todo el mundo, y los amigos los primeros. Dejemos que la solemnidad del

entierro no se malogre con incidentes deplorables. ¿Entiendes?

MARC. Bueno, bueno; peor será para ti. Me das lástima, hijo mío.

PABLO. Lo lamento, pero no lo puedo remediar.

MARC. (*Yéndose por la izquierda.*) Pero ¿de quién puede ser el cadáver?

PEDRO. ¡Qué cosa más divertida es la vida!

PABLO. Sí, sí. Ya lo estoy viendo. (*A Luis.*) ¿Y tú qué opinas de todo esto?

LUIS. Yo apenas si consigo dominarme para no soltar la carcajada. ¡Cuidado que has sido grande, amigo mío!

PABLO. En tu concepto, he obrado sensatamente, ¿no?

LUIS. Sea como sea, esto es lo de menos Por mi parte, estoy muy contento de que las cosas hayan sucedido así.

PABLO. Pero es que ahora va a haber un escándalo monumental.

LUIS. ¿Y a ti qué más te da? ¡Cuántos parricidas se darían por muy dichosos con tal de lograr que sus mujeres resucitasen!

PABLO. ¡Figúrate lo que se reirá la gente!

LUIS. Alguna vez se cansará, digo yo.

PABLO. Siempre igual. Hasta en los momentos más trágicos nos ha de perseguir el ridículo.

LUIS. Así es, en efecto. En la vida, al lado de los lances más grotescos o más bufos, están a veces los dramas más espeluznantes. Tras las muecas de las máscaras más obscenas, suelen gemir las pasiones más profundas. Pero no es toda nuestra la culpa de que las propias alegrías o las propias penas no resulten suficientes ni para rellenar aunque sólo sea un instante de nuestra vida.

PABLO. ¿De manera que no nos queda más remedio que resignarnos?

LUIS. O bien sobreponernos a nuestras farsas y a nuestras tragedias.

PABLO. En fin, algo así como limitarnos a ser los espectadores de nuestra propia vida.

PEDRO. Eso es. Pero ¿y los artículos 211 y 227 del Código? Ahora esta es la cuestión, pues mucho me temo que resulte un tanto difícil limitarse a ser espectador también del Código.

LUIS. Como se ha librado una vez, puede librarse otra.

PABLO. Pero ¿de qué modo? ¿No has oído que pueden prenderme en el acto? Y yo, la verdad, he quedado un poquito cansado de cárcel para volver a ella. ¡Ah! ¡Eso sí que no!... Sin embargo, mucho me temo que

Marcos se haya empeñado en que me cojan otra vez. ¿No habéis oído la ira con que hablaba? Un magistrado se excita cuando barrunta un delito como un lujurioso al aspirar el perfume de una prenda íntima de una mujer hermosa. Seguramente me va a fastidiar. ¿Qué puedo hacer? Aconsejadme.

LUIS. Márchate.

PABLO. ¿Adónde?

LUIS. Adonde quieras, pero lejos. Coge a tu mujer y sal corriendo.

PABLO. Imita a los bandidos y a los ladrones que quieren ponerse en salvo.

LUIS. Cuando se tiene dinero como tú lo tienes, la huída es un viaje de placer.

PABLO. ¡A lo que me veo reducido!... Tenerme que sustraer a la acción de la justicia huyendo como un delincuente y ocultando mi nombre y mi rostro para vivir en un pais extranjero.

LUIS. Es una aventura como otra cualquiera.

PABLO. Y hasta teniendo que ocultar un amor legítimo.

LUIS. En eso yerras. Has perdido una esposa y te encuentras con una amante. ¿Qué más puedes desear?

EVA. (*Entrando por la izquierda.*) Pero ¿qué hacen ustedes aquí? Se va a poner en marcha el cortejo. Sólo aguardan la orden de partida. (*A Pablo.*) ¿Insiste usted en no presidir el duelo?

PABLO. No. Ya dije que era improcedente y además superior a mis fuerzas. Por eso rogué a Luciano que ocupase mi puesto y me representase en tan triste acto.

EVA. ¡Pobrecillo, pobrecillo! Tenga usted ánimo. ¿Vamos, señores?

PABLO. Cuando ustedes quieran. (*Salen todos, y Pablo y Luis se quedan en escena.*)

SARA. (*Saliendo.*) Van a enterrarme. Dentro de lo grotesco, no puedo sustraerme a la emoción que me causa ver cómo desaparezco nominalmente del mundo.

LUIS. Perdone usted, Sara. Antes sufrí tal sorpresa que no la dije a usted ni media palabra. Pero ahora debo confesarle que estoy contentísimo por que las cosas hayan sucedido así. ¡Qué alegría para mí volver a encontrar a una amiga con la que ya no contaba!... Y de... Nada, nada, Sara, que todavía pueden ustedes ser muy dichosos.

SARA. Dios le escuche a usted... Pero... ¿Ha visto usted con qué cosas sale ahora nuestro amigo Marcos?

LUIS. Si ustedes se quieren, ¿qué importancia tiene lo demás? Cuando se es dos en la vida, todo es esperan-

za. Lo triste es sentirlo solo. Hoy empieza para ustedes, y tal vez para mí, una nueva vida. Tal vez la feliz. Vayamos confiados en su busca. (*A Pablo.*) Adiós, Pablo. Preparad vuestra fuga en el acto. No hay tiempo que perder. Pueden sospechar; tal vez sospechen que vais a ser dichosos, y entonces no habría para vosotros piedad ni cuartel. ¡A vivir! Y sobre todo, no la mates ya, ¡qué demonio! (*A Sara.*) Adiós, Sara. Voy a su entierro de usted. (*La besa la mano muy conmovido y vase por la izquierda.*)

SARA. Adiós, Luis.

PABLO. Adiós... También puede que él sea feliz.

SARA. Pero ¿se puede saber qué has decidido en definitiva?

PABLO. Muy poco había que decidir. No nos queda más remedio que echar a correr. Marcharnos de aquí lo más pronto posible. En seguida. Huir, ¿entiendes? Huir como dos criminales. Antes de que anochezca, tenemos que estar muy lejos de aquí, porque el magistrado tendrá mucha prisa para denunciarme. Ya estoy harto de tener que dar cuenta de mi vida a la sociedad, a mis amigos y a las leyes. ¿No vienen de América las parejas de amantes fugitivos a pasear el triunfo de su amor por la poética Italia? Marchemos nosotros a la joven América. Tal vez, para conservar el amor, sea preciso cambiar de patria, de costumbres, de amigos. Sentirse aislado, extraño. (*Dentro se oye lejos la banda que entona los primeros compases de la marcha fúnebre de Chopin. Pablo, que había comenzado a exaltarse, queda silencioso e inmóvil. Sara se acerca a la puerta del foro, y muy conmovida, muy emocionada, mira hacia afuera y estruja nerviosamente la cortina. Pausa. Con voz muy queda.*) Sara...

SARA. (*Se vuelve medio riendo, medio llorando.*) Mi entierro... (*Da unos pasos hacia Pablo, y le tiende los brazos con inmenso amor.*)

PABLO. ¡Sara!... (*Acogiéndola y abrazándola efusivamente.*) ¡Ahora empiezas a vivir! (*La banda, que se ha ido aproximando, entona solemnemente la marcha fúnebre.*)

FIN DE LA OBRA



